
Roberto Cassá

*Para el doctor Rudyard Corona,
por su ayuda siempre presente*

Los capítulos más gloriosos de la historia de nuestra patria son aquellos que refieren los sufrimientos y los dolores en medio de los cuales su carácter se ha desarrollado.

Gregorio Luperón

En síntesis sobre el tema, Pedro San Miguel identifica una vertiente "trágica" en cierta tradición historiográfica de República Dominicana,¹ a partir de Antonio Sánchez Valverde a fines del siglo XVIII. Desde su posición de esclavista, éste no pudo sino lamentarse de la sucesión de desgracias que dieron por resultado que la colonia española de Santo Domingo se distinguiera por su atraso y la consiguiente frustración de sus sectores sociales dirigentes. Esta pesadumbre, sin duda, como San Miguel lo rastrea, también está en el origen de la obra de Manuel Arturo Peña Batlle, el equivalente moderno de una actitud conservadora sustentada en la mirada historiográfica.²

¹ Pedro San Miguel, "La colonia imaginada: visiones históricas sobre el Santo Domingo colonial", *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española*, Santo Domingo y San Juan, 1997, 25-58.

² Se puede extender la mirada trágica a un abanico de posturas y factores causales. Véase, por ejemplo, Sócrates Nolasco, *Viejas memorias*, Santiago, 1941. Este autor, implícitamente, como parte de su estilo de imbricación de ficción literaria e historiografía, sugiere una carga de fatalidad de violencia y desgracias como producto de la impronta del paisaje.

No es difícil extender una actitud parecida en la consideración de la historia dominicana en la tradición ideológica liberal, aunque por causas distintas. En este caso, desde bastante temprano se comenzó a constatar la imposibilidad de plasmación en el país del régimen político ideal, garantía del progreso multiforme, cuyas bondades estaban patentes en los países industrializados. El problema adquirió centralidad, al grado de consolidarse la elaboración historiográfica como marca distintiva del quehacer intelectual.³ Estos motivos irían tomando paulatinamente cuerpo en la producción de los intelectuales dominicanos a medida en que se consolidaba la dificultad de realización del paradigma liberal y de consolidación de la soberanía nacional ante la visible intervención directa de los Estados Unidos. Pero antes de que se tornaran norma, los vemos con toda propiedad en los textos de los próceres liberales del siglo XIX.⁴

Entre ellos cabe destacar a Gregorio Luperón. Compartió con sus amigos liberales, ciertamente, las amarguras del estado frustratorio en que veía desenvolverse la República. Pero combinó una posición privilegiada en los procesos políticos a partir de 1863 con una conciencia histórica que lo llevó a ocupar un sitio en la historiografía. Aunque sujeto a la crítica, como todos, sus textos proveen insumos indispensables de los conceptos que se han conformado sobre los procesos de la segunda mitad de su siglo. De manera que su figura integra, privilegiadamente, al hombre de acción con el cronista y pensador. En efecto, aunque no se definió como un intelectual especializado, tal vez sus compromisos prácticos lo llevaron a acompañar las crónicas con explicaciones, muchas de las cuales debieron formar parte de sus ajetreos cotidianos.

³ A menudo, en el mismo terreno del pasado, no dejaban de registrarse similitudes con las búsquedas de los intelectuales conservadores. Véase, por ejemplo, Américo Lugo, *Historia de Santo Domingo*, Ciudad Trujillo, 1952.

⁴ José Gabriel García, *Compendio de la historia de Santo Domingo*, 2a. ed., 4 vols., Santo Domingo, 1968.

Su entereza estaba por encima de las mezquindades en que se movían los intereses, como demostró de manera reiterada al rechazar la presidencia y preocuparse por que fuese ocupada por ciudadanos dignos y competentes. Su rechazo hacia el poder no provenía únicamente de su integridad, sino de una vocación acendrada por la vida privada y los negocios, conformando un extraño caso, en el medio de su época, de prototipo del burgués, de escasos parangones entre quienes lograron protagonismo patriótico.

En Luperón se unen múltiples motivos que lo conforman como un ser atormentado, en contraste con las nociones corrientes de un guerrero de su empuje. Tomó parte en los hechos por sentido de compromiso, pero imbuido de un profundo disgusto, por cuanto su vocación no era la del político sino la del ciudadano libre. Reiteradamente, los hechos le ponían de manifiesto el conflicto entre los contornos de la realidad del país y un paradigma de cuya validez teleológica no tenía dudas. Por eso, los fracasos los resentía con abatimiento, dando lugar a una expresión única en los paladines del liberalismo, de profundidad en la percepción de un hilo de los hechos políticos, amén de densidad conceptual.⁵

Aun después de ocurrir los hitos de la causa nacional que contribuyó a protagonizar, cuando le parecía llegado el momento de plasmación del ideal, se encontró ante la imagen del eterno retorno, del fracaso pertinaz. Integró dichas experiencias aseverando una dialéctica de lucha eterna de la

⁵ Advirtiendo esta característica, José Chez Checo recopiló una selección de fragmentos de sus textos con valor historiográfico y político: *Ideario de Luperón (1839-1897)*, 2a. ed., Santo Domingo, 1997. Está fuera de contexto juzgar ahora la calidad historiográfica de la obra de Luperón. Ciertamente el hecho de tener conciencia histórica no significa que operase como historiador profesional: su texto está condicionado por su vivencia y no se propone una determinación sistemática de los hechos particulares. Empero, ello no le omite calidad, por lo que no autoriza juicios adversos, como el de Sócrates Nolasco, que lo califica de "mal historiador", por su inclinación a calificar a otros con dureza. Véase "Luperón y su palabra favorita", *Viejas memorias*, 149-153.

humanidad entre la propensión a la libertad de unos y a la tiranía de otros. Si bien se pueden leer matices distintos acerca del eventual final de tal dialéctica, su perpetuación indefinida, contraviniendo esperanzas renovadas, no podía sino generar un estado frecuente de desgarramiento.

Estos rasgos de autenticidad no quedaban en el vacío, sino articulados a una participación excepcional en los hechos del último tercio del siglo XIX.

La trayectoria

Gregorio Luperón, en efecto, entró a la escena como uno de los generales de la guerra de la Restauración contra el retorno del dominio español, desde el abortado ensayo de febrero de 1863. Contaba con menos de veinticuatro años y había dado muestras de precocidad, ya que años atrás había desempeñado funciones de administrador de un corte de caobas en la Cordillera Septentrional y había tratado de establecerse como comerciante independiente. Paralelamente a esta propensión mercantil, mostró una sensible atracción por la actividad política, tomando parte en la sublevación cibaëña de 1857. En el plano personal exteriorizaba una actitud indómita, que abonaría su protagonismo de paladín de las libertades.⁶

Estas iniciales características existenciales estarían llamadas a mantenerse a lo largo de su vida. Osciló entre la inclinación natural hacia la condición de burgués y el llamado a la lucha por la independencia y la democracia, fuese por sentido del deber o de atracción por la gloria, no obstante el horror que le llegó a causar la actividad política. El sino de su vida fue el de prócer o potentado; tras haber llegado a poseer una fortuna, con naturalidad terminó en la miseria por enfrentarse a su pupilo Ulises Heureaux.

Algunos de los ingredientes que definieron su personalidad no dejaron de tener una faceta bizarra. Tuvo en su haber un

⁶ Manuel Rodríguez Objío, *Gregorio Luperón e historia de la Restauración*, 2 vols., Santiago, 1939, I, 27 ss. Los detalles biográficos ahí contenidos fueron facilitados por el propio Luperón en 1870.

nivel cultural más elevado que el corriente en su medio, preocupado por adquirir conocimientos generales de historia universal.⁷ Pero su expresión oral era casi la de un campesino, en contraste con la posición económica que llegó a detentar y que, reveladoramente, no siempre se tradujo en la esfera social.⁸ Esto explica que no lograra pleno dominio de la pluma, aunque no era un inculto.⁹ Pese a tener nociones elaboradas acerca de los problemas, no llegó a situarse exactamente en el estamento de la intelectualidad. En efecto, antes de sus memorias, su producción escrita se limitó, en lo fundamental, a manifiestos y cartas o mensajes gubernamentales, fuese como ministro, presidente o jefe de partido.¹⁰

⁷ Rufino Martínez, *Hombres dominicanos: Luperón, Deschamps y Luperón*, 3 vols., I, Ciudad Trujillo, 1936.

⁸ A pesar de su condición de burgués y en algún momento ídolo de la juventud culta de Puerto Plata, Luperón no se propuso ingresar a la entidad de la "sociedad de primera", el Club del Comercio, prefiriendo propiciar la creación de otra entidad, la Unión Puertoplateña. Información de Fernando Cueto. A propósito de ello se evidencia un detalle interesante de las relaciones entre grupos urbanos: los miembros del Club del Comercio podían ingresar a la Unión Puertoplateña y a la Fe en el Porvenir, mientras los de estas últimas no tenían acceso automático al otro. Información de Ramón A. Delgado Bogaert.

⁹ Se ha especulado que Luperón no redactó sus memorias, presuposición infundada que, entre otros, sostiene Juan Bosch, "Prólogo", en Federico García Godoy, *El derrumbe*, 2a. ed., Santo Domingo, 1975, 15 ss. Se han producido atribuciones estrañalarias de autorías, como la de Manuel Rodríguez Objío, quien fue fusilado en 1871, antes de que Luperón concibiese dicho texto y aconteciera la mayor parte de hechos ahí narrados. Más válido es aceptar la intervención de Eugenio Deschamps. De hecho, se observan algunas ideas comunes en los textos de ambos, pero en ningún caso se puede aceptar que fuera Deschamps el autor de los escritos de Luperón. A lo sumo pudo contribuir a limpiar el texto de imperfecciones formales y a añadirle fórmulas abstractas. El hecho de que hasta cierto momento Luperón no tuviera control de la gramática no significa que no redactara sus textos, pues está suficientemente establecido que los dictaba a secretarios. Información de Emilio Cordero Michel, en base al testimonio de su abuelo, Emilio Cordero, relacionado a Luperón.

¹⁰ Luperón redactó sus memorias tras salir exilado a Saint Thomas en 1888. El primer tomo se publicó en 1895 y los otros dos en el año siguiente. Para fines de referencias se utilizará la tercera edición, una reimpresión de la hecha en Santiago en 1939 con motivo del centenario de su natalicio: *Notas autobiográficas y apuntes históricos*, 3 vols., Santo Domingo, 1974. En algunos de los documentos sí es indiscutible la mano

De todas maneras, los juicios de Luperón tienen amplia presencia en la evaluación posterior de los procesos en que estuvo envuelto, lo que puede atribuirse a su aguda conciencia histórica, no ajena a su superioridad moral y política en el entorno de guerreros liberales. Ningún otro militar logró colocarse en un terreno doctrinario, excepción hecha de algún que otro intelectual o político que accedió al grado de general.

Su toma de conciencia histórica quedó plasmada en la redacción de su memoria autobiográfica, algo inusual en la época. Su superioridad moral debió evidenciarse tempranamente, lo que explica que Rodríguez Objío, a pocos años de los hechos, relacionase la guerra restauradora con su personalidad.¹¹ Aunque es discutible la preeminencia de Luperón en la gesta patriótica, objetada por diversos actores o historiadores,¹² la valoración que le acuerda el biógrafo no es un juicio aislado. Tal vez, al magnificar hechos para concederle tal protagonismo en la guerra restauradora, simplemente proyectaba hacia atrás su coherencia patriótica y democrática tras 1865.¹³

Resulta explicable que el prócer apareciera como exponente personalizado de la civilización que aspiraba a implantar en el

de correligionarios. Por ejemplo, la carta a Ulysses Grant, de 1871, fue redactada por José Gabriel García. Una parte de dichos textos, que no se encuentran en sus memorias o en la biografía de Rodríguez Objío, han sido recopilados por Emilio Rodríguez Demorizi, *Escritos de Luperón*, Ciudad Trujillo, 1941. Para fines de referencias ulteriores se utilizará la edición previa en *Clío*. Con anterioridad a las *Notas autobiográficas*, fue excepcional que Luperón se propusiera expresar posiciones generales; uno de esos contados casos fue su escrito *El destierro*, New York, 1875, casi una prematura despedida de los asuntos públicos.

¹¹ Según informa Rodríguez Objío y se trasluce en la correspondencia intercambiada con Luperón a raíz de su proyecto de biografía, poco después redactada, este le facilitó en 1870 una extensa documentación relativa a sus actuaciones.

¹² Alcides García Llubes, "El general Gaspar Polanco", en *Duarte y otros temas*, Santo Domingo, 1971, 427-472. Este autor retoma la conclusión de atribuir la preeminencia política y militar de la guerra restauradora al presidente Gaspar Polanco.

¹³ El mismo Rodríguez Objío así lo insinúa. Véase *Relaciones*, Ciudad Trujillo, 1951, 232 y 288.

país; pero, en realidad, los rasgos que conformaban su personalidad nunca pudieron traspasar los del guerrero. Así, el origen de su importancia no provino de representar el liberalismo, sino de contribuir, con su espada, a consolidarlo como proyecto o realidad gubernamental. Más que por ningún otro rasgo, Luperón sobresalió en la arena de los hechos por sus dotes militares, cimentadas en el valor personal, prenda común a tantas figuras cercanas, como José María Cabral o Ulises Heureaux.

En realidad, durante la guerra restauradora Luperón todavía era uno más entre los próceres, con un protagonismo bélico no superior al de Polanco, Salcedo, Monción, Pimentel u otros.¹⁴ Pero desde entonces comenzó a distinguirse por la consistencia de sus posturas y su sólida adscripción al paradigma liberal. A poco de concluida la contienda contra España, fue paulatinamente ganando preeminencia, al grado de formar parte del Triunvirato provisional que gobernó el país tras el derrocamiento del tercer gobierno de Buenaventura Báez, ocasión en que rechazó la presidencia.

En esas circunstancias, aunque el sector liberal que terminó deslindándose en oposición a Buenaventura Báez quedó hegemonizado por José María Cabral -en dos ocasiones presidente-, se conformó un liderazgo tripartito, con la participación tanto de Luperón como de Pedro Antonio Pimentel, quien había ocupado la presidencia en los meses finales de la contienda. Esta jefatura colegiada fue fuente de disputas constantes entre los líderes, cuyos acuerdos estaban sujetos a factores aleatorios. Cada uno de ellos aspiraba a la hegemonía. Luperón reclamó, dentro de esa tesitura, haber designado a Cabral en la comandancia del frente sur, lo que

¹⁴ En sus relatos Luperón se presenta como figura central, sosteniendo que no ocupó el Poder Ejecutivo por su falta de ambiciones. Asegura que se le eligió a la presidencia antes que a José Antonio Salcedo, en septiembre de 1863, pero que declinó. Véase *Notas autobiográficas*, I, 150. Aunque no hay constancia documental, no es descartable que hechos como ese hayan efectivamente sucedido, pero no autorizan el reclamo implícito de centralidad.

está lejos de estar probado. Proclamó, nada menos: "Yo soy el jefe de la Nación Dominicana".¹⁵

En la guerra contra el cuarto gobierno del supremo caudillo conservador Buenaventura Báez, conocido como el de los Seis Años (1868-1873), Cabral logró imponer su liderazgo en la región suroeste, mientras los acuerdos propiciados por el presidente haitiano Nissage Saget estipulaban que Pimentel y Luperón tenían asignadas las operaciones en la porción septentrional. Los liberales -ya denominados azules- lograron mantener una prolongada resistencia al terror baecista en el sur, pero no así en el norte, donde el campesinado había cerrado filas, alrededor de la mayoría de los generales, en apoyo a Báez. Luperón tuvo que depender de la disposición de Cabral de prestarle hombres, tras la conclusión de la aventura en el vapor *Telégrafo*. En una ocasión solicitó 200 soldados que al serle negados, lo mantuvieron inmovilizado en la frontera, de lo que infirió una de las causas de los triunfos de las huestes baecistas. La influencia de Luperón se mantenía opacada, circunscrita a Puerto Plata y otros centros urbanos. En meses, al parecer, vio desvanecerse la popularidad que se había labrado en las tropas de los mambises nacionalistas. No tuvo empacho en reconocer su aislamiento, tal vez hasta con cierto orgullo de guerrero solitario: "Yo no tengo gente, no tengo recursos ni influencia en ninguna parte, no tengo más que mi amor a la la patria y su independencia." Por momentos caía en el desaliento y decía abandonar la actividad política, desencantado con el pueblo, pero tales estados emotivos nunca le duraban mucho tiempo.

Fue, pues, gracias a su consistencia personal que Luperón terminó ganando el ascendiente máximo en el conglomerado liberal y lo condujo hacia la toma estable del poder. Pimentel falleció a poco de concluir el régimen de los seis años, mientras que el influjo de Cabral se fue apocando hasta finalizar

¹⁵ Luperón a Manuel Rodríguez Objío, Saint Thomas, 13 de mayo de 1868, en "Escritos de Luperón", *Clio*, VII. nos. 36-37 (1939), 143.

asociándose de nuevo a Báez, su antiguo jefe, en el último gobierno de este. En los términos en que se llevaba a cabo la actividad política de la época, Luperón se erigió en el portaestandarte de quienes se denominaban azules.

Ahora bien, como han expuesto varios investigadores,¹⁶ estos liberales restauradores no crearon un partido político en el sentido convencional. El conglomerado ni siquiera tenía una denominación precisa, pues se le llamaba indistintamente Partido Nacional, a partir del presidente restaurador Gaspar Polanco, o Partido Liberal, término preferido por Luperón.¹⁷ Otros lo denominaban Partido Azul o de la Restauración. Esta imprecisión demuestra que no había formalidades, salvo el reconocimiento de una identidad genérica de objetivos por parte de un puñado de prohombres en las principales ciudades del país, cuyos vínculos eran circunstanciales o, a lo más, laxos.

Luperón asumió el liderazgo de este sector humano no por ser exponente de una propuesta programática refinada, sino por su condición de paladín de revueltas, lo que concentró a su alrededor a otras figuras de relieve. Su posición se fue fortaleciendo debido al respeto que inspiró a un conjunto de burgueses e intelectuales que vieron en su figura una garantía para el logro de los ideales de civilización moderna.

Durante varios años, no obstante, esta porción mayoritaria de la intelectualidad se mantuvo impotente y vio frustradas sus aspiraciones. Los caudillos de origen restaurador y baecista, alineados en torno a Báez o sus ex partidarios Ignacio María González y Cesáreo Guillermo, mantenían el país en un estado continuo de inestabilidad. En esa época Luperón no pasaba de ser otro caudillo más, incapaz de hacer valer su procerato. Su popularidad era menor que la Báez, González y

¹⁶ Jaime de Jesús Domínguez, *Notas económicas y políticas sobre el periodo julio 1865-julio 1866*, 2 vols., Santo Domingo, 1983, II, 425 ss.

¹⁷ Rodríguez Objío, *Relaciones*, 110, 149, 154, 163 y 175. Se trata del texto con mayores sutilezas sobre la acción política tras 1865. Utiliza el denominativo de Partido Nacional, pero lo sitúa en un plano potencial.

Guillermo, pero se mantenía en la palestra por sus posiciones -acordes con el sentido de los tiempos, que demandaba estabilidad para el progreso, o sea, el avance hacia el capitalismo- y por contar con la aquiescencia de lo más granado de los intelectuales.

En contraste con la proclividad a la revuelta del prototipo del caudillo, Luperón proponía el imperativo del orden necesario para el progreso, el cual debía asentarse en la democracia. Asimismo, encarnaba la voluntad de la autodeterminación nacional, supuesto que había adquirido prestigio indisputable tras la caída del régimen anexionista de los seis años.

Pero, dada la descontextualización en que se hallaban las ideas liberales dentro del medio social, para ganar posiciones Luperón tuvo que actuar como la generalidad de los caudillos. Participó en el derrocamiento de los gobiernos de González y Guillermo, no obstante haber sido algunos de ellos producto de precarios certámenes electorales. Pretextó, con razón discutible a veces, que dichos regímenes caían en prácticas tiránicas que hacían perentorio su derrocamiento.¹⁸ En determinados momentos, las divergencias con los gobernantes de turno tocaban puntos prosaicos, como la negativa de González de saldar las deudas contraídas por Luperón con los comerciantes judíos de Saint Thomas que habían financiado sus actividades subversivas contra Báez.¹⁹

Lo cierto, de todas maneras, es que la mayoría de la población, sensible a la magnificencia del poder absoluto, se alineaba detrás de los enemigos de Luperón. Por ello, a pesar del aura que rodeaba su figura, los esquemas de poder que proponía no lograban madurar. Poco a poco, los liberales fueron

¹⁸ De todas maneras, es obvio que esas administraciones perseguían perpetuarse por todos los medios, actitud reconocida por distintos publicistas de la época.

¹⁹ Es sintomático que, tras la negativa de González, la deuda con los comerciantes de Saint Thomas terminara siendo aceptada durante la administración de Ulises F. Espaillat, aunque no se hizo efectiva por falta de fondos. Se vendría a saldar en el gobierno de Meriño. Véase José Gabriel García, "Administración de Espaillat", en Emilio Rodríguez Demorizi (ed.), *Papeles de Espaillat*, Santo Domingo, 1962, 268.

ganando fuerza entre los estratos urbanos, aunque en medio de tales precariedades que hacían tortuoso el establecimiento del régimen deseable.

El momento culminante de las dificultades de plasmación de la propuesta fue el gobierno de Ulises Francisco Espaillat, surgido como producto de la acusación que los ciudadanos cultos de Santiago formularon contra González a fines de 1875 e inicios del año siguiente, que terminó conocida como "La Evolución". Aunque llevado a la presidencia por los azules, Espaillat gozó de un efímero consenso inicial. Si bien la mayoría de los sectores urbanos se mostraban ya partidarios del sector liberal, todavía obraban de forma vacilante, lo que permitía un margen de maniobra a los caudillos para seguir manipulando a la masa mayoritaria del campo.

Desde Puerto Plata, Luperón, Ministro de Guerra, vio impotente cómo los caudillos insurrectos alineaban a la generalidad de la población en contra del régimen que encarnaba los sueños de democracia y realización nacional.²⁰ Por lo que se lee en sus memorias, tal experiencia debió marcarlo profundamente, contribuyendo a ratificar su desconfianza en el pueblo.

"La revolución era el desorden y la inmoralidad, contra el orden y la moralidad política; era el robo y la estafa contra la austeridad; la concusión de todos los derechos contra la legalidad; la intemperancia y la injusticia contra la templanza y el bien; era la tiranía implacable de la

²⁰La abrumadora mayoría popular contra el régimen liberal de Espaillat se comprueba en múltiples fuentes. El historiador nacional García, Ministro de Justicia e Instrucción Pública en el mismo, así lo reconoce: "Pero la opinión pública no estaba preparada para llegar a la unidad de ideas y propósitos que requerían la consolidación de la paz... por más que los antecedentes del jefe del Estado y el crédito de sus Ministros, inspiraran plena confianza a las clases pudientes e ilustradas; porque la masa común del pueblo, esa clase desgraciada que no entiende de sacrificios, sino de ventajas, prestaba con facilidad atención a las insinuaciones revolucionarias que a la par, y con el mismo González desde su residencia de Mayagüez, y el ex-Presidente Báez desde la suya de Curazao." García, "Administración", 260.

anarquía contra la libertad y la democracia, y el despilfarro contra la entereza y la probidad. La revolución era una blasfemia contra la ley y una burla contra la honradez (...) Aquellos hombres no tenían más principios que los de meter la mano en la caja del tesoro, y revolcarse luego, deshonrados, en el fango de los bandoleros."²¹

Ese funesto proceder no era el fruto exclusivo de la perversidad de los políticos, puesto que estos sólo podían actuar en la medida en que recibían sustento. Con honradez, Luperón reconoció que "el país en masa estaba con la revolución."²² Pero esta realidad no lo llevaba a cejar en sus empeños, ya que, como se verá, al igual que a la generalidad de los liberales, le tenía bastante sin cuidado, al menos en el horizonte de lo inmediato, lo que pensara la masa del pueblo. De manera que, desde su reducto puertoplateño, se mantuvo incólume practicando alianzas accidentales y contribuyendo a la elevación o caída de sucesivos presidentes. Mientras los rivales se desgastaban, Luperón se presentaba como la expresión del sentido de orden. Esto tuvo efectos en la medida en que en el país se estaba produciendo una transición a relaciones capitalistas, que, aunque restringida, no dejaba de impactar variados aspectos de la vida social.

A tono con las exigencias del momento, una parte de los integrantes de la burguesía cibaëña se compactaron alrededor de Luperón y los azules; entre ellos se contaba Juan Isidro Jiménez en Monte Cristy, caso sintomático ya que antes había sido conspicuo partidario de Báez.

Luperón mostró especial interés, como lo expresó durante el gobierno de Espaillat, en que no se afectaran los intereses de los comerciantes que favorecían posiciones liberales. Comenzaron, entonces, sus divergencias con Mariano Cestero,

²¹ Luperón, *Notas autobiográficas*, II, 307-308.

²² *Ibid.*, II, 304.

uno de los liberales más íntegros, a la sazón Ministro de Hacienda y probablemente el seguidor más entusiasta, dentro del estrato de intelectuales, que tuvo Luperón en los primeros años. Cestero esbozó un plan de reorganización financiera que Luperón rechazó por afectar a los comerciantes solidarizados con los azules. El plan estipulaba el pago de solo 25% en los impuestos de aduanas por medio de títulos de deuda. Estimaba Luperón que sus amigos liberales del comercio, que habían prestado dinero para la caída de González y otras acciones, quedarían arruinados. En medio de los debates se pronunció con acritud contra su correligionario, en carta al presidente Espaillat, y en señal de protesta se marchó a Puerto Plata, plaza donde se obtenían los mayores ingresos fiscales, procediendo a desconocer el plan financiero.

"El Señor Cestero ha sido muy desgraciado en su ramo; y si insiste en su malhadada unificación; si se hace efectivo este último decreto, le auguro un mal resultado. De manera, que los vales de la 'evolución' sufrirán depreciación escandalosa, mientras los remanentes, por su fácil y barata adquisición estarán en demanda (...) Pero lo que tal vez no ha calculado Ud. es que el descontento con su gobierno subirá en la misma proporción y que si llegamos a conquistarnos la enemistad de los que nos favorecen y nos rodean, no tenemos más que retirarnos."²³

De esa defensa de los intereses comerciales se trasluce que el favor de los círculos mercantiles urbanos hacia los liberales todavía era inestable, al tiempo que su porción

²³ Luperón a Espaillat, s. f., en Rodríguez Demorizi (ed.), *Papeles de Espaillat*, 212. Al renunciar, Cestero denunció su aislamiento en el gabinete como consecuencia de las divergencias, aludiendo casi abiertamente a Luperón: "¿Será porque no sea a propósito para prestarme a satisfacer esa concupiscencia del oro con la que se hallan contaminados, no el vulgo del país, sino muchos de los que debieran servir de ejemplo de moralidad y, lejos de serlo, son verdaderas piedras de escándalo?" "Renuncia de M. A. Cestero", en Rodríguez Demorizi (ed.), *Papeles de Espaillat*, 242.

extranjera, la de mayor poder económico, favorecía a las formaciones rivales.²⁴ A pesar del inicio de la industria del azúcar alrededor de Santo Domingo, durante los años finales de la década de 1870, todavía la región cibaeña seguía generando mayores volúmenes de riqueza que la banda sur.²⁵ Esta correlación, que estaba en la base del empuje de los azules, se vería alterada en breve, coincidiendo con la caída de los precios del tabaco, lo que repercutió en la disminución de la producción y la pérdida subsiguiente de peso de dicho rubro, generando una crisis en la región.²⁶

En un contexto que se caracterizaba por el agotamiento de los rivales y por exigencias crecientes de paz entre distintos agentes sociales, para Luperón fue cómodo lograr el derrocamiento del presidente Cesáreo Guillermo, no obstante la popularidad de que este gozaba, expresada en las elecciones habidas escasos meses antes.²⁷ Luperón ni siquiera tuvo que tomar parte en la campaña. Con apoyo de los notables de Puerto Plata y de sus seguidores íntimos, proclamó un gobierno rival, y despachó a la toma de la capital a Ulises Heureaux, el flamante ministro de Guerra. Este barrió con las fuerzas

²⁴ Pedro F. Bonó caracterizó la situación, desde San Francisco de Macorís, con su proverbial agudeza: "Hoy nos pertenecen todos los urbanos, y por mejor decir, todo lo bueno, pero los extranjeros no podemos negar que son nuestros enemigos. Debajo de todo esto debe por tanto haber alguna mano oculta que nos trabaja. Serán intereses extraños o propios? Quizás unos y otros." Bonó a Espaillat. Macorís. 9 de agosto de 1876, en Rodríguez Demorizi (ed.), *Papeles de Espaillat*, 219.

²⁵ Luis Gómez, *Relaciones de producción dominantes en la sociedad dominicana, 1875-1975*, Santo Domingo, 1976, 57 ss.

²⁶ Michiel Baud, *Los cosecheros de tabaco*, Santiago, 1996, 22.

²⁷ Detalles de la política de esos días en Fernando A. de Meriño, *Páginas históricas*. Ciudad Trujillo, 1937. La popularidad de Guillermo, o de cualquier otro político, parece haber sido una variable dependiente de la posición en el poder. Ello se observa en el consenso para que Espaillat llegara a la presidencia, alcanzando 24.329 de los 26.410 votos emitidos. Se podría decir, ciertamente, que los otros dirigentes no fueron candidatos, por lo que las cifras no reflejan toda la realidad, aunque indican un estado momentáneo de popularidad de los azules o de retraimiento de los rivales. Véase "Resumen de la votación para Presidente de la República", en Rodríguez Demorizi, (ed.), *Papeles de Espaillat*, 129-131.

gubernamentales en El Porquero, cerca de Monte Plata, hecho que simboliza el giro hacia una nueva época, la de la estabilidad de los gobiernos azules.

Al desconocer a Guillermo, por fin Luperón aceptó a regañadientes la presidencia provisional, a condición de quedarse en Puerto Plata, pese a que ya se había vuelto a consolidar la imbricación entre relaciones económicas y poder político en la ciudad de Santo Domingo. Por ello, la influencia creciente en los asuntos públicos pasó a ser ejercida sigilosamente por Ulises Heureaux, en quien Luperón, en muestra de desprendimiento e ingenuidad, depositó absoluta confianza.

El prócer prefirió limitarse a ejercer una especie de patronazgo en la designación de los presidentes. Tenía conciencia de que la estabilidad requería que todos los presidentes proviniesen de las filas azules, lo que suponía la unidad alrededor de su persona. Ese papel puso a prueba las expectativas de Luperón, en el sentido de contribuir a la gestación de un régimen de derecho. Parece ser que estaba convencido de que habían quedado definitivamente destruidos los días de contiendas y de que el país entraba, en forma irreversible, en la senda del progreso.²⁸

Su preeminencia unificadora y su optimismo democrático comenzaron a experimentar dificultades cuando tuvo que nominar a Ulises Heureaux, su colaborador más eficiente en el terreno militar, para la presidencia, parcialmente por reconocimiento a su influencia pero también por la confianza que le seguía mereciendo, a pesar de ya haber dado muestras de crueldad despiadada.²⁹

²⁸ Esta certidumbre la venía augurando desde años antes, prácticamente tras la caída del régimen de los seis años de Báez. Se convenció de que nunca más se suprimirían los derechos democráticos ni retornarían los "mandarines" a "jefiar". Pudo exclamarse con frases como "el trabajo y las industrias que libertan y emancipan a los pueblos, ya se manifiestan admirables en todas las provincias, y no está lejos el día que se busque un revolucionario y no se encuentre." Luperón al director de *El Propagador*, París, 31 de marzo de 1883. "Papeles de Luperón. *Clio*, VII, no. 38 (1939), 201.

²⁹ Heureaux hizo fusilar, sin juicio, a los expedicionarios llegados de Puerto Rico, en 1880, partidarios de Guillermo y González. Es cierto que estaba amparado en un decreto

En forma subrepticia, Heureaux fue socavando la primacía de Luperón, aprovechando la confianza que este le depositó y sus ausencias por los viajes a Europa. El desagrado que al prócer le seguían provocando los asuntos públicos³⁰ se traducían en el descuido por los asuntos de poder, expresado en los frecuentes viajes a Europa, así como en la vocación por las actividades productivas. Su entusiasmo por el ejercicio del capitalismo productivo se puso de relieve cuando anunció solemnemente que liquidaba sus intereses comerciales a fin de concentrarse en la actividad azucarera.³¹

El diferendo, a la postre inevitable, comenzó a presentarse a propósito de la sustitución del mismo Heureaux, en 1884. Como se verá con cierto detalle en la parte final de este texto, Heureaux se benefició de un conjunto de circunstancias. En el terreno objetivo, estaba su aceptación irrestricta de los intereses de la naciente burguesía capitalista; pero, además, le sacó partido a los propios errores de Luperón, producto de la falta de comprensión de lo que implicaba el ejercicio del poder en el entorno de desarrollo capitalista en un país atrasado.

Lejos de modificar sus certezas, Luperón mantuvo el objetivo de instaurar la democracia, sustentada en el compromiso de mantenimiento de la integridad soberana de la nación. Esta consustanciación con una faceta ortodoxa del

de emergencia promulgado por el presidente. Sin dudas los azules habían asimilado las lecciones de la caída de Espaillat, por lo que tal medida de excepción no cabe atribuírsele únicamente a él, aplaudido por círculos intelectuales y mercantiles nacionales. Una visión de conjunto acerca del periodo y del punto en particular en Juan Vicente Flores, *Lillí, Curazao, 1901, passim*.

³⁰ Como modelo, sentía que debía dar el ejemplo en cuanto a desinterés. Pero, por encima de ello, había un acento auténtico en el rechazo del ejercicio del poder. En la atracción por el mismo veía el gran problema del régimen político, lo que le provocaba continuamente reflexiones. Por ejemplo, en la carta abierta ya citada al director de *El Propagador*, sintetizó su experiencia presidencial: "No hay condición ni situación más grave y calamitosa que la de ser Gobierno en nuestro País, y todo el que Ud. vea que anda mendigando o luchando por ser gobernante, con seguridad o es un malvado, o es un ignorante."

³¹ Luperón, *Notas autobiográficas*, III, 121.

liberalismo lo coloca como personalidad desfasada tanto en la faceta de héroe como de pensador. En el umbral del siglo XX, se aferró con desesperación a los conceptos liberales decimonónicos, al igual que la generalidad de sus compañeros. Ello le impidió evolucionar, de acuerdo con el contenido progresivo que enarbolaba, en aspectos como la crítica al esquema de desarrollo capitalista o al fenómeno del imperialismo, pese a que tuvo conciencia del peligro que comenzaba a representar Estados Unidos.

En síntesis, la recaída en el autoritarismo, asociada al desplazamiento de Luperón de la rectoría de la nación, no solo ratificaba los objetivos programáticos generales que lo animaban, sino que reactualizaba el conjunto de cavilaciones que lo habían acompañado en su acción patriótica. Su eje se ubicaba en los problemas que comportaba la superación de los escollos que enfrentaba la sociedad dominicana para la puesta en vigencia de dicho programa. Para él la libertad tenía la categoría de ley "divina", por lo que no dudaba de la realización imperativa de un mundo sin injusticia; pero, al mismo tiempo tenía que subrayar la disposición al combate constante, motivado por la no constatación del pueblo con los principios de la libertad.

La distancia del pueblo

La divergencia entre los objetivos libertarios y la vida cotidiana del pueblo fue la causa del pesimismo con que Luperón evaluaba el futuro del país. A pesar de su apego a preceptos ya clásicos del pensamiento político, fue suficientemente auténtico como para reconsiderar algunos de los problemas que confrontaba la aplicación del liberalismo en un país caracterizado por un atraso histórico multiforme. Tal vez una de las claves de sus reflexiones estribase, precisamente, en que se generaban en medio de su intervención en los procesos históricos, por lo que incorporaban las exigencias, en gran medida incompatibles, de la lucidez del pensador y la eficacia del político.

Resulta imposible determinar hasta qué grado su narración de los hechos incorpora reflexiones posteriores, pero, aun así, no cabe duda de que partes considerables de sus percepciones sobre la realidad dominicana fueron fruto de la maduración de una experiencia vivencial prolongada. Esto es comprobable en su correspondencia, que, desde cierto momento, combina las propuestas de acción con la reflexión, seguramente no tanto por deseo de dar lugar a ideas sistemáticas, sino por inclinación natural al compromiso.

Es normal que un sujeto de su entereza sintiese el imperativo de la reflexión. El carácter refractario del medio social dominicano a las ideas liberales solo podía ser advertido por un auscultamiento sistemático. Resulta interesante que Luperón razonara dicho desencuentro con mayor profundidad que los intelectuales azules prominentes, con excepciones contadas como Fernando A. de Meriño y, por supuesto, Pedro Francisco Bonó.

El contexto adverso, sin embargo, no llevaba a Luperón a la rendición, como podía ser el corolario en el intelectual lúcido,³² sino a acentuar el imperativo de la acción. Estaba convencido de que su espada era irremplazable en la lucha por la instauración en el país del reino de la civilización.

Ahora bien, el imperativo a la lucha no se sustentaba en los reclamos de la colectividad, sino en la justeza abstracta de las posiciones. Se había imbuido del concepto de la validez de los principios, por encima de los accidentes de la historia, gracias a una moral y sentido de la justicia "eternos".³³ El punto de partida de la cosmovisión de Luperón parece haber radicado en el supuesto racionalista de coincidencia e

³² Tras la experiencia traumática del gobierno de Espaillat, varios intelectuales azules decidieron apartarse de los asuntos políticos. Fue el caso, por lo menos, de José Gabriel García, Pedro F. Bonó y el mismo presidente depuesto. Poco tiempo después, la mayor parte de los liberales prestigiosos de la ciudad de Santo Domingo ofrecieron apoyo a Buenaventura Báez, el enemigo sempiterno por excelencia, en su último periodo presidencial.

³³ Luperón, *Notas autobiográficas*, I, 36-37.

interconexión entre racionalidad y sociedad. Siguiendo las pautas de la teoría liberal sobre el orden político y el accionar ciudadano, consideraba que la razón señala el principio en la conciencia, principio que la sociedad debe realizar en el decurso de la historicidad.³⁴ En lógico corolario, no había escapatoria al deber de luchar por los ideales, sin importar que los propios destinatarios de los esfuerzos no asumieran sus contenidos.

Embargado de un intenso sentido de civismo, Luperón no podía concebir otro ordenamiento que el de la democracia, esto es, el existente en los países de Occidente. La historia tenía por sentido alcanzar la civilización moderna, suma de las expectativas racionales del ser humano. Como patriota, por tanto, entendió que no podía soslayar la lucha por la democracia, indisolublemente vinculada a la soberanía puesto que, a sus ojos, una cosa presupone a la otra: la soberanía popular, como reitera en sus escritos, implica la democracia como medio de su ejercicio a través de las instituciones estatales.

Constataba que aun durante la vida independiente de los dominicanos, no había existido soberanía popular, y que el responsable de tal distorsión era el propio pueblo que debía ejercerla. En su reflexión, el pueblo dominicano queda consignado como el peor enemigo de su felicidad y agente crucial en la promoción de los tiranos, visión que formó parte de los hilos conceptuales compartidos de una etapa del liberalismo dominicano.³⁵

De manera que, en aras de la democracia, la lucha comportaba la oposición declarada a los instintos de la masa del pueblo. Tal lejanía tenía una connotación existencial distinta de la usual en el intelectual de gabinete. Para él, situado en el terreno del combate incesante, implicaba combatir a la gente

³⁴ Luperón, "El destierro", "Escritos de Luperón, *Clio*, VIII, no. 50 (1940), 83 ss.

³⁵ En la visión de la generalidad de liberales, el pueblo obraba en búsqueda de ventajas, poniéndose en sintonía con los políticos corrompidos. Recuérdense las manifestaciones del historiador García respecto a la caída de Espaillet, recogidas en la nota 20.

de cuya felicidad se había autoconstituido en depositario. Estaba convencido de que las ideas no debían ajustarse a la felicidad de un conglomerado, sino que el logro de la felicidad sería el resultado del triunfo de ideas preconcebidas. Nunca hizo concesiones en esta convicción, por lo que raramente ponderó con simpatía al colectivo dominicano: sus deficiencias educativas lo llevaban a identificarse con los agentes del anexionismo y la tiranía.

Luperón estaba atado, pues, a una cosmovisión racionalista que postergaba la realidad inmediata partiendo de un ideal normativo del deber ser del ente individual y, por extensión, de la sociedad. Aunque careciera de originalidad, su juicio crítico sobre el modo de existencia del pueblo provenía de su adopción de la teoría del derecho natural, que estipulaba la legitimidad de la aspiración racional al buen gobierno. El derecho natural, precisamente, constituía la antítesis de la acción corruptora de los gobernantes despóticos, ajenos a una conciencia o filosofía y únicamente dotados de la sed de mando. "La legitimidad de la razón derriba la de todos los potentados, de todos los oligarcas."³⁶

Sin embargo, debía tornar compatible tal teoría con el supuesto de que la sociedad no es más que la suma de sus componentes individuales. Para explicar las dificultades que confrontaba el deber ser, atribuía la frustración nacional a una deficiencia -no innata, como se verá más adelante- de calidad de las individualidades de los dominicanos; y, en definitiva, aseguraba, los individuos pesan más que las instituciones. Malo un pueblo, concluyó, su gobierno por fuerza tenía que recoger ese determinante.

Claro que no toda su visión del pueblo era tan sombría. Se esforzó en mostrarse justo al captar las sutilezas psíquicas de los compatriotas. Encontraba una mezcla de componentes que conllevaba desequilibrios, pese a contener no pocas virtudes. Así, visualizaba a los dominicanos como apasionados

³⁶ Luperón, "El destierro", 83.

y religiosos, al tiempo que desordenados y volubles, concluyendo la evaluación en la condena, al catalogarlos como ambiciosos. En el mismo sentido iba el veredicto, reiterado en sus escritos, acerca de la ausencia de virtudes cívicas en la casi totalidad de la población, expresión de un déficit educativo insondable y raíz de inconsecuencias aberrantes.

"¡Triste y mísera condición la del pueblo dominicano!

Su corta vida política es fecundísima en errores. Su indiferencia y su ingratitud por sus libertadores, ha sido para los tiranos un poderoso auxiliar para realizar espantosas traiciones y consumir crímenes horribles."³⁷

Estuvo siempre penetrado, como revela su correspondencia, de una amargura generada por el convencimiento de la condición "infame" de la colectividad, que la llevaba a entregarse irresistiblemente a la esclavitud de los norteamericanos. Puesto que tal condición era consecuencia de la "brutalidad" de los individuos, no tenía inconveniente en cuestionarla.

Pero, a diferencia de posteriores expresiones de la problematización "pesimista" de la tradición liberal, Luperón no encontraba defecto alguno de constitución en el pueblo dominicano. La lectura de sus textos trasluce patentemente que no veía el origen de desigualdades en ningún aspecto de tipo somático o racial. Para él, en cambio, las carencias de los dominicanos tenían por origen deficiencias educativas que se remontaban a la acción violenta de los conquistadores. Bastaba desplegar un esfuerzo educativo para desterrar estos caracteres deletéreos.

Mientras no se acometiera tal tarea, dichos rasgos se retroalimentarían indefinidamente gracias a la acción del poder. Pueblo y gobierno se compenetraban en la definición de los trazos de la realidad nacional. Por falta de virtudes cívicas, aseveraba, la mayoría de los dominicanos no pasaban de la condición de conspiradores en pos del asalto al poder, y por

³⁷ Ibid., II, 200.

ello no era de extrañar que su ímpetu consustancial se resumiera en la alternancia entre el desorden y el conformismo. Desde tal perspectiva, el político profesional quedaba representado como el enemigo supremo de lo bueno y, al mismo tiempo, como la materialización concentrada de los contenidos presentes en el pueblo. En otra dimensión del análisis, pero con idéntica preocupación, identificaba el origen de los males nacionales en los tiranos. De sus exposiciones emerge, pues, una dialéctica recurrente entre las inconsistencias del pueblo y las pretensiones nefastas de unos cuantos por el ejercicio irrestricto del mando. Luperón se cuenta entre los primeros pensadores que encontraron la síntesis de los problemas nacionales en los manejos de los políticos. Posteriormente, esos criterios alcanzarían mayor sofisticación, sustentados en una perspectiva sociológica y radical,³⁸ distinta, por ende, de la liberal y politicista de nuestro prócer. La acción civilizadora presupondría, ante todo, para él, no la reforma social, sino la salida de circulación de estos perjudiciales agentes inspiradores de la tiranía.

Y, sin embargo, registraba en el seno del pueblo la semilla espontánea de la recusación de la opresión. Para ilustrar sus miras acerca de la mecánica entre el despotismo y la libertad, Luperón ponía su experiencia como prueba al canto, al asegurar, por ejemplo, que los dominicanos aceptaron tranquilos la anexión a España y que no se hubieran rebelado de no haber sufrido las arbitrariedades extremas de las autoridades foráneas.³⁹ Asevera que los dominicanos se encontraban "confundidos" ante el hecho anexionista, no obstante haber sido obra de una minúscula camarilla. Hasta

³⁸ Respecto a las elaboraciones de figuras tan disímiles como José Dolores Alfonseca, Santiago Guzmán Espaillat o los dirigentes obreros Julián Martínez y Luis V. Pino, véase Roberto Cassá, *Movimiento obrero y lucha socialista en la República Dominicana*, Santo Domingo, 1990, 128 ss.

³⁹ Ilustra que en Sabaneta, una de las cunas de la rebelión, donde se hallaba oculto, no había propiamente un ambiente propicio a ella en la masa, hasta unos meses antes de iniciarse las hostilidades. *Notas autobiográficas*, I, 102.

los "serranos", los naturales de San José de las Matas y alrededores, luego participantes destacados de la guerra nacional, se habían opuesto al abortado intento de febrero.

Así, para un protagonista tan privilegiado, la rebelión nacionalista no habría sido producto del ideal patriótico -aunque aseveraba su existencia-, sino de la consustanciación de la colectividad, desde 1821, con prácticas republicanas que tornaban objetivamente anacrónico el proyecto colonialista.

Aunque no lo elaborara explícitamente, su conocimiento vivencial le permitía -a diferencia de sus compañeros cultos- captar la forma de reacción defensiva de la masa campesina frente a los intentos de subordinación y exacción de los agentes del poder político y económico.

Por esto, en reverso de la normal pasividad y también autorizado por la experiencia vivencial, Luperón encuentra en la Restauración un acontecimiento profundamente popular, que tuvo que romper los reparos conservadores de los estratos urbanos cultos. Registra que "todos los hombres más importantes del país perdieron la fé y la confianza de ver la restauración de la República. Menos el pueblo; éste pensó en recabar el suelo patrio."⁴⁰ De acuerdo al sentir de los cultos y aun de los militares, la oposición armada a una potencia como España constituía una "locura", prudencia que no observó el pueblo, verdadero agente de la guerra nacional.⁴¹

Lo que los intelectuales liberales normalmente no podían columbrar en sus razones determinantes, fue objeto de un tratamiento inteligente por el guerrero-escritor, cuando, siempre basado en el conocimiento vivencial de los hechos, formuló una teoría de la aspiración social de la masa agraria, que no alcanzaba el nivel de la política y que luego se ha caracterizado como "racionalidad popular".⁴²

⁴⁰ Luperón, "La Anexión a España". *El Eco del Pueblo*, 16 de septiembre de 1883.

⁴¹ Luperón. *Notas autobiográficas*, I, 85-86.

⁴² Genaro Rodríguez et. al., *Actualidad y perspectivas de la cuestión nacional en República Dominicana*, Santo Domingo, 1985.

"Efectivamente, la libertad a que aspiraban los campesinos, ya fuesen ricos o pobres no era en aquella época la política, sino la material de poder ir y venir sin el impuesto del peonaje ni la incomodidad del pasaporte... de gozar de su trabajo sin tener que dar una parte por fuerza o por pagos de diezmos y primicias... Querían la tranquilidad doméstica y personal que debe asegurar todo buen Gobierno. Querían la seguridad de sus intereses, y el honor y respeto de su familia. Querían la igualdad de derechos que le garantizaba la República, y no admitían el ser parias en su propio suelo con la injustificable conculcación de sus derechos naturales."⁴³

Como es lógico, a Luperón no le interesaba apoyarse en esta lógica, aunque, como en 1863, llevase al pueblo a objetar el colonialismo, puesto que no contravenía el despotismo, e incluso no prevenía que los tiranos inocularan la panacea del anexionismo en la masa. Quería que prevaleciera una lógica política consciente de construcción nacional, que, precisamente, trascendiera la espontaneidad defensiva de la masa popular. La popularidad de Báez le enseñó que en la no aspiración a la libertad política subyacía el fondo del desencuentro entre el pueblo y los partidarios del liberalismo. Empero, lejos de proponerse una conexión con la lógica clasista campesina, ratificó que lo político y no lo social debía constituir la fragua del hecho nacional.

Y es que, a su juicio, lo que había que romper, para fundamentar la nación, era la dialéctica simbiótica entre pueblo y políticos, derivada de la cortedad de miras sociales del primero y de su recaída reiterada en fines ilegítimos. Desde el momento en que los dominicanos ordinarios perseguían tales fines, aseveraba, se tornaban en agentes del despotismo, postrándose ante los tiranos, dotados de los medios para halagar sus expectativas elementales.

⁴³ Luperón, *Notas autobiográficas*, I, 160.

No obstante, para Luperón la proclividad a la tiranía no constituía un patrimonio del pueblo dominicano, sino que su determinante se situaba en el egoísmo consustancial del ser humano. El remedio que visualizaba para este rasgo de la condición humana era el ejercicio de la virtud, por medio de la educación. Sin elaborarlo en forma taxativa, contraponía naturaleza y sociedad como medio de fundamentar una teleología que impulsara el perfeccionamiento de la segunda por medio de actos conscientes: solo mediante el reino de la civilización, la sociedad podría controlar o anular los instintos bestiales. Distaba de considerar que en los países civilizados se hubiera alcanzado la perfección, pero registraba que en ellos se habían impuesto pautas racionales del acervo paradigmático de la civilización. Únicamente en un entorno de alta cultura se lograría implantar un régimen auténticamente republicano.

De lo anterior se deriva que la consecución de la civilización constituía un imperativo incontrastable, ante el cual todo debía quedar relegado, no importando que se sacrificasen medios y contenidos de la acción política. Y ahí encontraba uno de los dilemas vitales que había de enfrentar y ante el cual, finalmente, no pudo superar los escrúpulos y ser coherente con la prevención que tenía acerca de la acción política.

Su existencia transcurrió, así, atravesada por la duda entre asumir o no responsabilidades. En definitiva, se situó como un político en procura de la aplicación de su programa, pero no quiso asumir, fuese por falta de vocación o por sed de gloria, las implicaciones personales que conllevaba el ejercicio del poder. Para él, precisamente, la ambición por el poder constituía el ingrediente crucial que se interponía ante el advenimiento de la democracia, por lo que era la base de su recusación de la política.

La ponderación de los agentes históricos

Ante la carencia de sustento del programa en el pueblo, Luperón tuvo que dilucidar los medios prácticos para su

realización, esto lo condujo a la evaluación de las potencialidades de los agentes sociales y políticos en escena. De nuevo aflora en sus continuas disquisiciones un sentido desgarrado. Lo más dramático debió residir en que, en República Dominicana, pese a no ser excepción, la lucha por la superación del estadio de naturaleza no se circunscribía a la reforma del pueblo, sino que debía alcanzar, por igual, a las élites. Más allá de los estratos intelectuales urbanos, era muy poco con lo que podían contar con certeza los liberales intransigentes. Aun cuando, en sentido general, se proponían representar a los sectores superiores de los cuales provenían mayoritariamente, había entre ellos una conciencia crítica compartida acerca de las limitaciones de esos sectores en cuanto a su compromiso con el liberalismo.⁴⁴ El mismo Luperón, a pesar de su cercanía emotiva con los burgueses, juzgaba conformista su actitud ante el dominio extranjero o el despotismo vernáculo, en contraste con la ínfima minoría resuelta a combatir a todo trance. De ahí que la participación en la política supusiera una lucha sin tregua contra todo y todos. Para un sujeto como él, en forma casi sempiterna penetrado de dudas acerca de la pertinencia de la acción, el cumplimiento del sentido del deber no podía ser sino ingrato.

Y, lo que es peor, la falta de consecuencia la extendía a los propios políticos liberales. De las páginas de sus memorias se colige que se sentía rodeado de figuras dudosas. En particular, registraba inconsecuencias profundas en sus compañeros militares de la guerra restauradora, incluyendo muchos de aquellos que lo acompañarían después en las filas

⁴⁴ Como parte de sus desencantos postreros en su triste experiencia gubernamental, Espaillat se expresó cáusticamente de la clase superior: "No me diga Ud. que el sentimiento del deber se ha perdido ya en esta sociedad si acaso en algún tiempo lo tuvo. porque el detenerse a hacer reflexiones téticas sobre las condiciones morales, sobre las clases directoras de nuestra sociedad es cosa para abatirle el alma al más fuerte. y en estos momentos necesitamos de toda nuestra abnegación y de todo nuestro vigor para salvar del naufragio los principios." Espaillat a Bonó. Santo Domingo. 1 de agosto de 1876. en Rodríguez Demorizi (ed.), *Papeles de Espaillat*, 206.

de los azules. En definitiva, a sus ojos, esos guerreros no traspasaban la barbarie, constituyendo una expresión concentrada de la colectividad. De hecho asignaba un escaso papel a la plasmación en hechos de las ideas liberales, pues las concebía condicionadas por factores aleatorios.

En Pimentel, por ejemplo, pese a su enorme contribución a la guerra nacional, ponderaba la ambigüedad personificada entre la entrega a la causa del patriotismo y la tendencia irrefrenable del encumbrado en la presidencia por la dictadura y la intolerancia. Las descripciones que hace de ese paladín militar del liberalismo, presentado como astuto e inconstante, parecen un contrapunto de las que caracterizan al pueblo.⁴⁵ Manuel Rodríguez, el célebre El Chivo, general restaurador que, en octubre de 1865, proclamó a Luperón al frente de una "dictadura revolucionaria", no deja de ser presentado en las *Notas autobiográficas* como un incompetente ignorante, amén de "peligroso", dada su afición por el desorden y las mujeres.⁴⁶ José María Cabral es presentado como un sujeto mezquino, un "idiota", propenso a claudicaciones vergonzosas y nada firme con posturas patrióticas, como lo mostraba su disposición a pactar la entrega de Samaná a los norteamericanos, y, por ende, culpable de sensibles derrotas.

Una buena porción de los prohombres de la Restauración son visualizados como rufianes, autorizando por adelantado la teorización de Rafael Augusto Sánchez, para quien simbolizaban la barbarie de la peor estirpe, de hecho delictiva, característica del pueblo dominicano.⁴⁷ Al respecto Luperón registra la tendencia al pillaje contra la población indefensa y las personas decentes, que hace lindar casi toda la acción

⁴⁵ Luperón, finalmente, parece haber tenido afecto por Pimentel, lo que explicaría las reiteradas y contradictorias caracterizaciones que hace de su personalidad. Véase, por ejemplo, *Notas autobiográficas*, I, 341-342 y 352. Lo que hizo muy pocas veces, escribió una semblanza en homenaje de este presidente restaurador: "Necrología del General Pimentel", *El Porvenir*, 19 de julio de 1874.

⁴⁶ Luperón, *Notas autobiográficas*, I, 197.

⁴⁷ Rafael Augusto Sánchez, *Al cabo de los cien años*, Santo Domingo, 1976, 223 ss.

política, incluso la nacionalista, con el crimen. Atribuye ese tipo de actos al presidente Salcedo, "ebrio" y "jugador", al igual que el general sureño Pedro Florentino o el baecista mocano Juan de Jesús Salcedo.

Hasta algunos de sus compañeros más íntimos, que estuvieron junto a él en el proceso que llevó a la implantación de los gobiernos azules, son presentados como criminales. Es el caso del general puertoplateño Federico Lithgow, perteneciente a una familia de comerciantes de origen norteamericano, a quien acusa de perpetrar actos implacables contra los enemigos de los azules y luego de Heureaux, a cuyo servicio se puso, al igual que tantos amigos.⁴⁸

En razón de su elitismo, que valoraba un sentido burgués de la decencia por encima de cualquier otra cualidad, no deja de ser curioso que Pedro Santana fuera presentado como una de las escasas excepciones a esta regla de barbarie en el militarismo vernáculo. Primeramente Luperón le acuerda magníficas condiciones militares y le reconoce un papel sobresaliente en el mantenimiento de la independencia.⁴⁹ Tal vez ese reconocimiento constituía un recurso de autoponderación, ya que ambos se habían enfrentado en Guanuma. Pero lo significativo es que le reconozca integridad personal

⁴⁸ Es llamativa la descripción que hace de Lithgow, uno de sus compañeros cercanos durante más de una década: "Soldado arrojado, valiente, sin táctica ni disciplina. in-subordinado, desordenador, exagerado, sin entereza. sin método. sin plan. sin ninguna fijeza en las cosas políticas, sin resolución ni firmeza en ningún asunto; tan desleal con los amigos como inconsecuente con los gobiernos; arbitrario y violento. violador de todos los derechos de los ciudadanos, atropellador de la sociedad... Vive como asqueroso parásito explotando todas las situaciones y traicionando a todos los gobiernos... Es duro y grosero, y no hay tirano más cruel y calamitoso que este aventurero." Luperón, *Notas autobiográficas*, III, 67. Refiere a continuación que lo designó Ministro de Relaciones Exteriores "porque no sabía donde emplearlo, para evitar que hiciera daño a los demás."

⁴⁹ Por lo visto, se sentía fascinado por la personalidad de Santana, en quien vio ante todo el patriota, "parricida" e "infiel", tal vez por reacción frente a su archienemigo Buenaventura Báez. Son muchos, reveladoramente, los fragmentos que le dedica. Por ejemplo, *Notas autobiográficas*, I, 30, 35, 237 y 240 ss.

al primer tirano dominicano. Según Luperón, Santana fue fundamentalmente honrado y consistente con sus ideas, y como expresión de ello le atribuye, erradamente, haberse opuesto a los procedimientos de terror de las autoridades peninsulares. Si bien acepta que agenció la anexión como medio de protección personal y grupal, lo pondera, fundamentalmente, fruto de la "estupidez". Posiblemente una de las razones que llevó a Luperón a enfocar de tal manera la figura de Santana fue el paso de muchos santanistas a las filas liberales después de 1865, como medio de recomponerse en las nuevas circunstancias de vacío de liderazgo y para protegerse ante la preponderancia de Báez.⁵⁰ Sin llegar a una conclusión exacta al respecto, Luperón en parte la autoriza al poner ejemplos como el de Agustín Madrigal, talentoso burócrata que pasó, de santanista, a ser uno de sus asistentes personales.

Dentro de esa negativa evaluación del conglomerado nacional, únicamente resultan rescatables, como conjunto, los intelectuales, hechas las excepciones contadas de personajes como el presidente Gaspar Polanco, entre los restauradores, o el general Juan Contreras en el bando conservador. En los juicios que emite al respecto se perfila el elitismo de Luperón: concibe al intelectual como la antítesis de la condición común del pueblo en tanto que masa amorfa. En consecuencia, encuentra que el papel creativo del cuerpo de intelectuales estriba en que compensa las deficiencias educativas y morales del colectivo. Por eso, como lo asevera a propósito de Fernando Arturo de Meriño, sin la firmeza moral de unos pocos iluminados, los pueblos no avanzarían y, por tanto, la historia carecería de sentido. De hecho, les asigna la

⁵⁰ Dicho trasiego constituye uno de los lugares comunes de la historiografía política relativa al siglo XIX, al grado que abusivamente se ve a los azules como simples continuadores del santanismo. La complejidad del asunto es tratada por Rodríguez Objío, al rechazar la identidad de conservadores santanistas y liberales del Partido Nacional, aliados en las filas antibaecistas en el período postrestaurador. *Relaciones*, 149-151.

función de demiurgos del progreso, contenido recóndito de la historicidad.

"Los hombres como Meriño son los que representan siempre la fuerza moral del mundo. Inspirados por nobles sentimientos y apoyados por su valor, son ellos el centro de toda renovación social progresiva. Sin su continuo antagonismo contra los males, el mundo estaría entregado enteramente a la oprobiosa dominación del crimen. Los grandes patriotas, los mártires, esos grandes reformadores, enemigos de las malas acciones, han mostrado lo que puede efectuar el valor y la firmeza, cuando su fin es noble y elevado."⁵¹

Tal ponderación está visiblemente sesgada por el convencimiento de la función cardinal de unos pocos en los procesos históricos. Los héroes tienen la función de enfrentar los obstáculos al progreso y de arrastrar a las colectividades. Antes de comenzar su teorización sobre la realidad y sobre sus propias experiencias, Luperón debió haberse penetrado del papel de "unos pocos" en las luchas, los dispuestos a arrostrar riesgos y a exhibir virtudes a fin de elevarse a condición ejemplar.

Este juicio acerca de los héroes no era aislado, sino que formaba parte de la preocupación por calibrar las potencialidades del conglomerado intelectual para la comunidad nacional. Veía a los intelectuales como depositarios del ideario, por lo que se preocupó por trazar semblanzas de aquellos que consideró tuvieron mayores relieves en la gestación del "Partido Liberal" durante la Restauración: Benigno Filomeno de Rojas, Ulises Francisco Espaillat, Pedro Francisco Bonó, Julián Belisario Curiel, Pablo Pujol y Máximo Grullón.⁵² A pesar del entusiasmo que le causaban dichas figuras, no caía en la ingenuidad los retratos que traza se

⁵¹ Luperón, *Notas autobiográficas*, I, 371.

⁵² *Ibid.*, II, caps. VII-XIII, 49-86.

sopesan virtudes y limitaciones. De todas maneras, es revelador que aun en la censura de algunas de sus ejecutorias, como en Pujol, muestra un tono altamente considerado, sin relación con el que utiliza para sus compañeros guerreros.

Aunque sus evaluaciones históricas no tomaban en consideración los factores clasistas, el carácter paradigmático que asigna a esas figuras no dejaba de estar vinculado al hecho de que se situaban en el estrato superior de la sociedad. Luperón no tenía dificultad alguna con el enriquecimiento de unos pocos, y hasta cierto punto lo consideraba expresión de virtudes. Algunas referencias indican que concebía al héroe como aquel que integraba la cultura intelectual, el desprendimiento del patriotismo y una condición económica independiente.

Un punto de partida fundamental en su localización de quienes podían ser sujetos históricos del progreso era la independencia personal. Luperón es enfático en el sentido de que el empleado del gobierno o el asalariado no pueden ser libres. Una de sus temáticas centrales fue enaltecer al productor de riquezas, contraponiéndolo al político parásito. En la caracterización del sujeto ideal identificaba al productor, quien gozaba de una absoluta libertad personal. Así, para Luperón el burgués es sujeto de la historia -equivalente a un proceso político de avance del progreso- por cuanto puede conjugar cultura y patriotismo.

Aunque su propósito no fuera deliberadamente clasista, contenía implicaciones al respecto, en la medida en que descalificaba a la masa del pueblo para la acción patriótica consistente. Tal vez sus apreciaciones estaban sesgadas por la experiencia personal inmediata, pero contienen algunos de los juicios sociológicos más interesantes de la tradición historiográfica del siglo XIX. Estimaba que en las condiciones de precariedad en que se vivía, el pueblo había sido víctima de la desmoralización por no estar imbuido de conciencia nacional.

Si bien establecía cierta correlación entre la ubicación social y la acción política ciudadana, no proponía cambio social

alguno para la generalización de esta última. La condición de burgués era, de acuerdo a su experiencia, fruto del sacrificio y las virtudes del trabajo. La sociedad no pasaba de una sumatoria de individuos. En consecuencia, solo quedaba la generalización de la instrucción para que los individuos por separado se comprometieran con los valores patrióticos.

La asociación entre sectores superiores y patriotismo no deja, por lo demás, de estar conectada con las acciones del prócer. En distintos pasajes de sus memorias se enorgullece de haber contado con el concurso de los notables de Santiago y otras ciudades,⁵³ autorizando la interpretación de que era el sector con el cual más le interesaba contar en la contienda. A pesar del tono radical que exhibió durante la guerra restauradora, refiere, sin que haya motivos de dudar de la veracidad de la versión, que defendió a los "españolizados" de La Vega frente a los deseos de venganza y pillaje de los "radicales".⁵⁴ En varios episodios del recuento de la Restauración condena enérgicamente la proclividad al desorden de los guerreros y en especial de los jefes. De la misma manera, señala cómo en otro momento -a raíz de la defensa que hizo del gobierno de Espaillat en Puerto Plata- obtuvo el respaldo de los jóvenes ciudadanos cultos. De hecho, asigna a los jóvenes burgueses la exclusividad en la intransigencia en defensa de la pureza del ideal.

En el otro polo de la estructura social, analizó como nadie en su tiempo la contraposición clasista entre campesinos y ciudadanos. Ni siquiera Bonó le dedicó atención comparable, no

⁵³ Ibid., I, 172.

⁵⁴ "Con el entusiasmo por la revolución apareció, a más de los muchos que ya había para los hacendados y ricos, un peligro que era un obstáculo terrible: la suspicacia de muchos, que con notable mala fe, acusaban de españolismo a varios ciudadanos, con la mira de explotarlos. Y tanto en Santiago como en La Vega, la libertad y los intereses de esos ciudadanos tildados de españolismo, estaban en esos momentos, sujetos a trasgresiones lamentables (...) los perseguidos, gente conservadora, eran buenos hijos de la patria, a los cuales había la necesidad de rodear de garantías para que pudieran servir de sostén a la revolución y a la República." Luperón, *Notas autobiográficas*, I, 159.

obstante tener conciencia cabal de las peculiaridades de los conflictos sociales de entonces. El interés de Luperón al respecto debe atribuirse a haber experimentado el rechazo de los campesinos y haber tenido que guerrear contra ellos.⁵⁵ Así, registra vivamente cómo la lucha entre rojos conservadores y azules liberales, de 1866 a 1867, se fundamentaba en el conflicto entre campo y ciudad. Los "rancheros", campesinos de la zona montañosa próxima a Puerto Plata, poco antes activos guerreros de la Restauración, vitoreaban a Buenaventura Báez y asediaban constantemente la ciudad, donde Luperón se había atrincherado. El mismo tipo de enfrentamiento lo registra en la generalidad de comarcas cibañas, reconociendo la adscripción casi universal de los hombres del campo hacia Báez.

Sobre esa problemática Luperón logra hacer una contribución a la interpretación de las causas de tal adhesión campesina al baecismo, superando la descalificación genérica que era habitual. Probablemente fue el primero que relacionó esa adhesión con la distribución de abultadas sumas de papel moneda por parte del mandatario en 1857; esto permitió a sus agentes competir con la burguesía mercantil establecida, ofreciendo mayores precios por los productos; así, al tiempo que se justificaba a nombre de la defensa de los intereses de los cultivadores, según Luperón, se apoderaba de buena porción del oro circulante y desplazaba a los mercaderes profesionales. José Gabriel García, a pesar de haber publicado la versión final de su obra después de la de Luperón, no retomó este punto de vista.⁵⁶ No parece haber duda que, con este proceder, Báez causó la insurrección de ciudadanos que llevó a su caída y que dejó una simiente de simpatía entre los campesinos. En sus siguientes gobiernos, ese tirano se preocupó por proteger la estabilidad básica de la economía

⁵⁵ Rodríguez Objío, tal vez por su actitud jacobina, a pesar de la sutileza de sus análisis políticos, calla lo relativo a los soportes sociales de liberales y conservadores. *Relaciones*, en especial, 190 ss.

⁵⁶ García, *Compendio*, III, 218-228.

campesina,⁵⁷ en lo referente a los aspectos mercantil de su reproducción, lo que explica que su popularidad fuese mayor en el Cibao.

De todas maneras, cabe señalar que el baecismo tenía dimensión nacional. El mismo Luperón narra la pelea incesante de 29 días contra los habitantes de Samaná, cuando desembarcó con sus compañeros de la expedición del vapor Telégrafo. De manera que, junto a la mediación estatal personificada en Báez sobre los intercambios mercantiles en el sector agrario, se deben encontrar razones en el terreno político que expliquen su abrumador liderazgo sobre las masas. Hubo terror, ciertamente, en el gobierno de los Seis Años, pero quienes lo ejercían provenían de la masa del pueblo y gozaban del concurso de este.

Pero, más allá de esa exposición puntual, con este ejercicio Luperón no atina a explicarse razones sociales generales que daban lugar a la empatía de la masa hacia los tiranos. Y es que no se trató solo del caso de Báez. También registra que Santana gozó de la condescendencia de la generalidad de la población, cosa que no explica, a no ser en un plano de generalidades abstractas. Circunscribió la explicación de la legitimidad de las tiranías entre el campesinado a la atribución de un estadio de barbarie; tal deficiente explicación no es rara, pues aún está pendientes para los investigadores contemporáneos un desarrollo satisfactorio del tema.⁵⁸

La lógica clasista defensiva de Luperón encontraba frutos funestos que sólo se podrían enmendar mediante el ejercicio del patriotismo de los "justos". Más allá, no se preocupó en adentrarse en razones particulares sobre la falta de adecuación del liberalismo con el pueblo. Los conservadores, por lo visto,

⁵⁷ Registra uno de los historiadores acerca del periodo que para los campesinos era axiomática la relación entre la presencia de Báez en el gobierno y los precios altos del tabaco. En varios de sus textos Sócrates Nolasco trata de ofrecer una teoría descriptiva del baecismo: por ejemplo, "La muerte del general", *Viejas memorias*, 167-171.

⁵⁸ Que se sepa, todavía no se ha presentado una reflexión comprensiva acerca del sistema político del siglo XIX en los términos aquí problematizados.

contaban con las mediaciones con la masa, básicamente a través de la capacidad clientelística que ejercían con ayuda de caudillos locales; estos eran cooptados gracias a consustanciarse del sentido de autoridad y de las prebendas necesarias para el mantenimiento de su lealtad.⁵⁹ Ciertamente que Luperón captó el papel de los caudillos locales y los conceptualizó como la quintaesencia del sistema político, por ser la expresión concentrada de la ignorancia: el "cacique", que todo lo guía en su pueblo, es el resultado de la voluntad de hacerse fuertes, dando lugar a rivalidades por la hegemonía. Presenta a los contendientes a esta posición, generalmente, como "imbéciles y malvados".⁶⁰

Las explicaciones de Luperón sobre la actitud de los campesinos no son descartables, pero no dan cuenta de todas las aristas de los problemas que evocan. Sobre todo, en la trama queda implícito un plano de irracionalidad en los campesinos, que denota incompreensión, casi confesa, de importantes aspectos de su vida social. El prócer no se interroga acerca de planos más sistemáticos, pues, al igual que la generalidad de los liberales, no se proponía lograr una comprensión de la lógica de la vida del pueblo. No encuentra, en consecuencia, las raíces sociales del caudillismo, sino que, simplemente, lo asimila a la voluntad de los fuertes estúpidos. Una medida como la masiva emisión monetaria de 1857 no puede explicar la prolongada adhesión de masas al baecismo. Y es sintomático que no se preguntara acerca de la cuota que le correspondía a la visión de la modernización de los azules en el rechazo de los campesinos. Para él, en efecto, la explotación social no constituía un problema, pues no reconocía

⁵⁹ Para estos caudillos rurales, la figura del jefe supremo adquiriría contornos míticos. De acuerdo a una anécdota que debe tener base veraz, uno de ellos, ante el honor de ser presentado a Báez, salió decepcionado de la entrevista: esperaba encontrar a un blanco, de alta estatura, fuerte y viril; en suma, una fiera como él, en vez de un bajetón, nada apto para las armas, de tez oscura, pelo rizado y voz atiplada "de señorita". Comunicación de Alcides García Lluberes.

⁶⁰ Luperón, "A los Sres. directores de *La Paz*, Puerto Plata, 18 de septiembre de 1875, "Escritos de Luperón", *Clío*, VIII, nos. 42-43 (1940), 183-189.

que en la comercialización del tabaco se producía un traslado de excedentes desde el campo a la ciudad. Y, en la medida en que las propuestas liberales se incubaban en las ciudades, generaban entre los campesinos un rechazo a sus expresiones políticas. En contraste, hay elementos que permiten calibrar que Báez, por tener una mayor comprensión de las claves de la reproducción de las relaciones sociales, intentó mantener ciertos equilibrios entre ciudad y campo, contribuyendo a regular aspectos del intercambio mercantil.

Este comportamiento del campesinado no debió ser ajeno al rápido y generalizado vuelco de los generales de la Restauración, mayoritariamente de origen rural, a favor de Báez. En sentido inverso, ese apoyo pudo incidir en el reconocimiento de la jefatura de Báez por la mayoría del pueblo llano. Sólo unos pocos jefes militares, dotados de criterios claros en el orden nacional y del sistema político deseable, se mantuvieron fieles al ideario definido por los intelectuales que dirigían el gobierno insurgente de Santiago.

Precisamente, no estaba despistado Luperón cuando juzgaba la consistencia de los hombres de armas en la lucha restauradora en función de su actitud hacia los civiles que conformaban el gobierno. Como ningún otro cronista de la época, da cuenta de los recelos que los militares albergaban respecto a los civiles y cómo se desarrollaron pugnas entre facciones de los militares. Eso lo llevó a considerar el gobierno de Gaspar Polanco como la culminación de la gesta, pues fue en el mismo cuando los intelectuales tuvieron mayor influencia, no ajena a que en esos meses se definieran los propósitos más beligerantes en defensa incondicional de la auto-determinación.

Esos intelectuales-estadistas, liderados por Espaillat, fueron perseguidos por Pedro Pimentel, el gobernante que sustituyó a Polanco. En la crónica de Luperón se aclara que ya, al final de la contienda, no constituían un agrupamiento del todo compacto: una parte, instigada por el agente inglés T. Stanley Heneken y el capitán general español La Gándara, se alineó tras el gobierno de Pimentel. Luperón asevera, bien autorizado, que esos conflictos no eran producto de

divergencias ideológicas, sino de aspiraciones por el mando dentro de un mismo partido.

Por otro lado, la identificación que realizaba Luperón entre la clase alta y los preceptos de civilización no lo llevó, sin embargo, a una apología de la burguesía. A pesar de pertenecer a la clase, pondera los parabienes de la burguesía en la medida en que de su seno se desprenden sentimientos de patriotismo. Como prócer, le interesaba el patriotismo en abstracto y no la condición social de quien lo ejerciera. Y era consciente de que, junto al civismo de una porción de la clase superior, subyacía también una actitud egoísta. El "bueno", en sentido inverso, debía entregarse a la causa y dar muestra de sentido de sacrificio, al igual que el médico, dispuesto a aplicar los remedios necesarios para la curación de la sociedad.

Para ilustrar esa convicción, tomó el caso de José Manuel Glas, entonces el burgués más adinerado de Santiago y representante reconocido de la clase. Pese a haber sido su amigo y a que le ofreció la presidencia después de una de las negativas de Bonó, Luperón lo sometió a una diatriba, en que lo asimila al egoísmo y a la indiferencia respecto a los problemas nacionales. Venía a ser la antítesis de Casimiro de Moya, el rico mercader vegano comprometido con el Partido Azul, presidenciable por "honrado y patriota"; Glas es presentado como un "espíritu liberal y conciliador, amante de la justicia... Pero en ninguna circunstancia reveló una actitud firme ni resistencia contra ningún gobierno (...) Vivió como gran ciudadano en un país tan oprimido y atormentado por los tiranos, engañando al pueblo... Como restaurador no se opuso cuando Báez quiso vender la República a los yankees, ya sea por falta de valor o por espíritu de propia conservación (...) Fue hombre de sí mismo y jamás de ningún partido. Estimaba más su propia vida que la razón y el derecho eterno de la justicia. Vivió falto de lealtad de carácter, y sin rectitud de intenciones. Agotó toda su vida en una misteriosa vacilación, sin dejar un hecho glorioso, aunque no fue ni peligroso ni funesto."⁶¹

⁶¹ Luperón, *Notas autobiográficas*, III, 168-170.

El régimen político adecuado

A tono con el programa que quería hacer realidad, Luperón reitera en diversos textos posturas bastante convencionales, en la tradición abierta por Montesquieu, acerca del régimen político. Abogó por la separación de poderes, la autonomía del aparato judicial y el respeto a la disensión mediante una prensa libre que él se encargó de financiar desde el gobierno.

Dada la centralidad que confería a la función reguladora del ordenamiento político, se preocupó por que no rigiese una "oligarquía exclusivista". Contrariamente a la posterior acepción latinoamericana, en Luperón, como la generalidad de liberales, el concepto de oligarquía no tiene connotación social sino política. Es el gobierno de unos pocos que obran de acuerdo a una concepción cerrada de partido. Por tanto, la democracia supone, ante todo, la superación del acendrado espíritu de partido en la política dominicana.

Empero, lo antes visto es suficiente para comprobar que estaba penetrado del convencimiento de que el sistema democrático no funcionaba en el entorno dominicano. Ni siquiera era posible prevenir que los gobernantes se extralimitasen en su propensión al crimen y al despotismo, lo que se ratificaba en la figura de Heureaux. La razón, para él obvia, como ya se ha expuesto, consistía en que el pueblo carecía de la educación cívica requerida para el ejercicio de la soberanía.

Se precisaba, pues, la adopción de medidas ajustadas a las condiciones del medio dominicano. Espíritu práctico, no podía dejar de ofrecer alternativas. En lo esencial, tuvo que reconocer que el logro del progreso perfecto no podría ser resultado de la acción de un gobierno, sino que requeriría de un prolongado proceso en que se debían suceder administraciones que, como tarea prioritaria, contribuyeran a expandir la educación en la masa. En un momento de optimismo, la caída el régimen de los Seis Años, modificó, como lo hizo en otras ocasiones, su concepto adverso sobre el pueblo; en ese momento lo califica de valiente, confiado en que, si se le educa, se le llevaría a la senda del bien.

En la senda del progreso, Luperón situaba un primer factor en la cuestión del campo, más prioritaria que la educación. Entendía que la acción educativa tendría que acompañarse del impulso de una práctica económica que contribuyera a generalizar al productor burgués; esto permitiría a la masa superar su actual estadio moral, caracterizado por pocas necesidades y, en consecuencia, mínimos esfuerzos. Por ello, propugnaba por que el estado incentivara el tránsito de la clase campesina hacia la economía plenamente mercantil.⁶² Este tránsito se podía lograr sobre la base del aporte civilizador de la inmigración y de la resolución de un abanico de temáticas, como la propiedad de la tierra y la seguridad del ciudadano propietario mediante la garantía de los derechos. Sintetizó la perspectiva al afirmar que la primera prioridad de la propuesta del Partido Nacional sería "poblar" los campos. De ahí derivaba, a su vez, otros elementos, ya enunciados por otros liberales, como la construcción de caminos, prerrequisito material de la generalización de los intercambios por dar confianza al estamento comercial. Es, precisamente, en función del ramo profesionalizado del intermediario, que Luperón sustentó una posición librecambista: para que el comercio interior funcionara como estímulo al desarrollo de las riquezas, tenía que liberársele de las trabas aduaneras que limitaban el acceso del país al mercado mundial.⁶³

La segunda prioridad del Partido Nacional, como se ha visto, sería la educación, con el objetivo de dar lugar a la generalización de la ciudadanía, por lo que no podría estar dissociada del avance hacia el estado de derecho. En esto último encontró una clave, de la cual se desprendería todo el programa: descentralizar, lo que muy en primer término tendría por correlato la disminución de la fuerza del Poder Ejecutivo.

⁶² Estos propósitos los desarrolla en la carta a los Sres. directores de *La Paz*.

⁶³ En varios momentos, refiere, tuvo incidencia para poner en práctica sus concepciones librecambistas. En la Restauración contribuyó a la supresión de regulaciones en la exportación de tabaco a través de Haití. Durante su gobierno, dispuso la reducción del arancel de importaciones desde un promedio de 45-65% a un 35%. Explica algunas premisas de estas medidas en *Notas autobiográficas*, III, 57.

Ahora bien, ¿cómo se alcanzaría tal práctica, a la luz de las propensiones a la dictadura, aun entre sus camaradas? Aparentemente se encontraba atrapado en un dilema irresoluble. No se atrevió conceptualmente a ir demasiado lejos, pero se infiere de sus expresiones que era consciente de que la situación del país requería de mecanismos irregulares para que el gobierno pudiera ser un agente de democracia y educación cívica y moral. Pero no hizo doctrina sistemática, pues consideraba cualquier transgresión de los principios teóricos generales como meramente circunstancial. A lo más que llegó en esa dirección fue a reconocer que, en situaciones particulares, resultaba válida la implantación de una "dictadura de los justos". Sin embargo, como nunca aceptó la condición de dictador, aunque sus partidarios se la ofrecieron, se autoinculparía, *a posteriori*, por la dosis de responsabilidad que le cabía por no haber ejercido la presidencia y desde ella contribuir a consolidar el orden democrático.

Empero, de hecho actuó como dictador cuando ejerció la presidencia. Desde el poder, Luperón y sus compañeros se dedicaron a aplastar con dureza los intentos sediciosos de las formaciones rivales. Se trataba, de todas maneras, de un ejercicio blando de la autoridad, cuyo propósito, en principio, era desbrozar el camino para la democracia. Pero esto no pasaba del terreno de las intenciones. Los regímenes azules no eran exactamente dictaduras, pero no superaban los esquemas autoritarios. El mismo Luperón se preocupó por que el presidente no dejara, bajo ningún concepto, de ser del Partido Nacional. En sus ejecutorias, el interés por hacer valer la primacía del orden lo llevó a descuidar, como concesión temporal, sus escrúpulos en materia de democracia. Esta dualidad, que minaba a todo el colectivo azul, degeneraría fatalmente hacia la dictadura oligárquica, abriendo la correspondencia capitalista entre economía y estado.

A pesar de esa experiencia ominosa, de la que fue tal vez el principal responsable, Luperón no traspasó un horizonte típico de la ortodoxia liberal. Cuando se puso de manifiesto que la consecuencia del sentido de autoridad era la dictadura,

no dudo en rechazarla, aunque sin abordar las premisas conceptuales que le sirvieron de abono. El gran problema nacional a resolver lo veía circunscrito al sistema político. En particular, juzgaba imprescindible desterrar la propensión a la dictadura de parte de los políticos profesionales, para lo que no ofrecía recetas prácticas; pero también condenaba el desorden que atribuía a las masas y a los políticos cuando se hallaban despojados del mando. Ambos términos requerían que el sistema político observara las exigencias de la autoridad sin violentar las de la libertad. Pero fue suficientemente agudo como para plantear que había que asumir los límites inexorables de la libertad como medio de funcionamiento del organismo social.

La idea de la jerarquía, como ordenamiento natural, forma parte de las líneas maestras del pensamiento del prócer. La validó sobre la base del supuesto de tres planos del ordenamiento social, cada uno con su correspondiente factor rector: la familia, con el padre; el estado, con la ley; y la humanidad, con Dios. La cohesión social es producto de la inspiración divina; el creador enseña como necesaria cierta subordinación para la realización de los fines de la sociedad: la esposa debe plegarse al marido y el hijo al padre. Las leyes de la sociedad al respecto son eternas e inmutables, porque son la contrapartida de la libertad, el fundamento de toda moral, y en consecuencia advierten sobre premios y castigos.

Lo anterior hace comprensible que, en conflicto con su crítica a la política y al poder, no vacilara en aceptar los efectos de una política ajustada a los requerimientos sistémicos: el ejercicio del poder era inevitable. Por encima toda duda, estaba convencido de que tenía que contribuir a configurar los rasgos deseables del sistema político, amparado en el supuesto de que "los pueblos sin reglas fijas para gobernarse han sido la propiedad del mal y el pábulo de la desgracia."⁶⁴ Nunca retrocedió ante tal exigencia, no obstante las experiencias de las dictaduras, por lo que no sometió a crítica los fundamentos

⁶⁴ Luperón, "El destierro", 89.

conceptuales del liberalismo o pretendió ajustarlos de manera creativa al medio dominicano. Menos todavía se planteó su radicalización; por el contrario, el largo texto de memorias es elocuente en que se mantuvo firme en una perspectiva moderada en lo concerniente al respeto de los intereses sociales actuantes. En definitiva, el blanco de sus esfuerzos no pasaba de la propensión de unos pocos hacia la dictadura, no estableciendo ningún género de causación más allá de lo individual, ni buscando medidas compensatorias que atacaran ordenamientos en la realidad social. Luperón, por lo visto, tenía dificultades en asumir la existencia de un sistema social que trascendiera la sumatoria de los individuos. En consecuencia, había que reformar las personas, educándolas.

Desde el momento en que situaba el fondo de los males nacionales en una falta de cultura de la masa, obviaba los elementos de injusticia en las relaciones sociales. En último caso, vinculaba estrechamente la injusticia social con la opresión política; en *El destierro* aseveró: "Toda organización social o política que condena una parte de la comunidad a la miseria, a la ignorancia, a la servidumbre... es inmoral como una mentira." Por lo tanto, lo único que competía al Estado consistía en desempeñar adecuadamente sus cometidos de contribuir al fomento de la educación y el progreso en general, lo que implicaba minimizarse, a fin de cesar de ofrecer riesgos a la sociedad y dejar que fluyeran espontáneamente las fuerzas del mercado. En lo que tocaba a la acción social, lo único requerido era que se garantizara el ejercicio de la soberanía popular.

Respecto al papel del Estado, consideraba necesario reducir al mínimo posible la fuerza militar, aunque la reconocía como un mal necesario por el sentido de orden propio de todo estado. Sin fuerzas armadas campearía la violencia anárquica. Ahora bien, estaba convencido de que el ejército dominicano se había constituido en una peligrosísima guarida de forajidos, imposible de controlar. En el aspecto administrativo, el gobierno únicamente estaba obligado a mantener en orden las finanzas públicas, evitando desequilibrios que redundasen negativa-

mente sobre la colectividad. Por eso llega a reconocer como positivo que Báez mantuviera equilibrio financiero, aun fuese por considerarse propietario único de los recursos estatales.

Más allá de esas dos responsabilidades centrales, al Estado sólo le quedaba la administración correcta de la justicia, puesto que no había reformas adicionales que promover. Este último planteamiento se derivaba de su visión del proceso económico: las fuerzas del mercado aseguraban el progreso de los factores materiales. Es interesante que, pese a tal convencimiento, se pronunciara a favor de un arancel bastante alto para las exportaciones agrícolas, bajo el supuesto de un principio justo de tributación, criterio que evidencia ausencia de sensibilidad ante la carga que se imponía a los pequeños productores agrícolas. La defensa de arancel de exportación paralelamente a la propuesta de reducción de los aranceles de importación puede autorizar la interpretación de que Luperón operaba desde el ángulo del comerciante importador, justificado en el supuesto de que la dinámica del proceso económico se producía a partir del consumo y no de la producción.

La ausencia de sensibilidad hacia la problemática social lo condujo a un prematuro rechazo del socialismo, no inédito en el país.⁶⁵ Posiblemente Luperón fue el primero en utilizar el ataque a las ideas socialistas con objetivos prácticos, en la medida en que se dirigía a un conjunto de publicistas que comenzaban a trillar la crítica a la experiencia liberal. Por lo mismo, Luperón siempre rechazó las posiciones contestatarias que habían sostenido los intelectuales jóvenes en el primer lustro posterior a 1880, a pesar de que, *a posteriori*, los hechos les habían dado la razón en cuanto a que se avanzaba hacia un orden tiránico y que, en términos efectivos, poco o nada diferenciaba a rojos y azules. Luperón los siguió calificando

⁶⁵ De hecho Duarte y sus compañeros fueron expatriados en 1844 bajo la acusación de anarquistas. Durante los seis años, parte de la propaganda gubernamental contra los azules consistió en presentarlos como comunistas, haciendo un símil con lo que sucedía en Francia.

despectivamente de anarquistas, para significar que habían sido promotores del desorden, y con una cuota de responsabilidad por el establecimiento de la dictadura de Heureaux.

Tal vez marcado por la familiarización con el medio francés, donde el recuerdo de la Comuna estaba fresco, adoptó una aversión profunda hacia todas las variantes de doctrinas anticapitalistas. Las calificó como peores que la tiranía. Ni siquiera se tomó la molestia de justificar la acusación. El régimen de propiedad privada le parecía parte de los componentes de la justicia universal. El socialismo suponía, a sus ojos, la vulneración del orden, o sea, del límite a la libertad que tanto le interesaba que se observara como garantía de la misma. Por lo demás, estimaba que la doctrina socialista carecía de pertinencia desde el momento en que no había objeciones posibles en la materia de los principios liberales ya acogidos para el ordenamiento del país.

"Pero hoy, los socialistas y los visionarios pululan por toda la República, predicando en sus hojas doctrinas desmoralizadoras y la guerra social, que es la mayor calamidad de los pueblos cuando precisamente no hay tiranos ni tiranía que vencer, ni principios políticos que definir."⁶⁶

Amparado en la convocatoria a la unidad nacional con el fin de hacer frente a la amenaza de norteamericanos y haitianos, el rechazo del socialismo constituía el correlato de la defensa de un ejército potente, como quintaesencia del ordenamiento estatal, por antonomasia lo contrario de la "guerra social":

"No es la guerra social la que se debe fomentar, sino la creación de medios y la instrucción de verdaderos defensores de la Patria. Los socialistas odian el

⁶⁶ Luperón a José D. Valverde, Puerto Plata, 3 de enero de 1885, *Eco del Pueblo*, 11 de enero de 1885.

militarismo: lo que sí quieren es la anarquía, que es su elemento."

Siendo su recusación al socialismo expresión de un sentido común, se hace comprensible que, a pesar de sus enunciados ocasionales sobre un ordenamiento igualitario, se mostrase indiferente a los reclamos de que se modificara el rumbo de los gobiernos azules. El mismo Bonó, un ídolo para Luperón, le hizo llegar juicios críticos en relación al camino adoptado por los azules.

"Con mi pobre talento, con mis pocas fuerzas y caridad he hecho ver, ciencia a la vista, las malas doctrinas reinantes en el Cibao y la demolición de su propiedad y su agricultura. He hecho ver la transformación del Este; la traslación a título casi gratuito de su propiedad a manos de nuevos ocupantes encubiertos bajo el disfraz del Progreso. Progreso sería puesto que se trata del progreso de los dominicanos, si los viejos labriegos de la común de Santo Domingo, que a costa de su sangre rescataron la tierra a cuyo precio estaban adjuntadas... fueran en parte los amos de fincas y centrales. (...) Antes, aunque pobres y rudos, eran propietarios, y hoy, más pobres y embrutecidos, han venido a parar en proletarios. ¿Qué progreso acusa eso? Mejor entraña una injusticia hoy y un desastre mañana."⁶⁷

Por lo visto Luperón prefirió no referirse a la crítica que le hacía su amigo. En la respuesta se limitó a renovar los criterios programáticos esbozados, precisamente referidos al logro del progreso, sin problematizarlos, sino reafirmando la justeza del camino emprendido y la necesidad de sostenerlo de acuerdo a los principios generales aceptados.

"La República necesita de paz sólida y no comprada, de orden positivo, de verdadera organización en todos

⁶⁷ Reproducido en folleto editado por el mismo Bonó, en San Francisco de Macorís, 1 de marzo de 1884.

los ramos de las cosas públicas, de moralidad... garantizar las empresas, el progreso, las propiedades, las industrias, las libertades, y dar completa seguridad a la independencia nacional, tan mal trecha hoy."⁶⁸

A lo sumo, el único problema que Luperón atisbaba era el de la independencia, pues nunca se despreocupó de la amenaza norteamericana, como se verá más adelante. Se mantenía, pues, aferrado al paradigma en que se formó: mantenimiento de la independencia como prioridad, para la cual había que promover el desarrollo del capitalismo y la educación, tema que también mencionó en la epístola a Bonó. Sólo probablemente después de 1888 reconsideró en parte esta posición, al aceptar el dilema entre riqueza y pérdida de la independencia o pobreza en libertad. Desde luego, su elección por la vida modesta no suponía la renuncia a los efectos del capitalismo, sino a lo que podía significar como precio la prioridad de la soberanía.

Nacionalismo y cosmopolitismo

A juicio de Luperón, la implantación del régimen político deseable debía resolver la relación del país con el exterior, vista como necesidad y al mismo tiempo fuente de riesgos. A pesar del valor que acordaba al nacionalismo, el imperativo del progreso que matizaba el conjunto de su cosmovisión no permitía la exclusión del cosmopolitismo. El nacionalismo se refería exclusivamente a la defensa de la soberanía, sin suponer ningún elemento de prevención ante los extranjeros. Por tanto, trató, como cuestión capital, de articular la conservación del sentido nacional con la exigencia cosmopolita de integración a las corrientes del progreso.

En Luperón la expresión cabal del proyecto de construcción de un orden capitalista nacional se encontraba directamente remitida al calco de lo existente en los países industriales. No había fisuras en su pensamiento en cuanto al modelo único

⁶⁸ Luperón a Bonó, Puerto Plata, 4 de marzo de 1884, *Notas autobiográficas*. III. 152.

civilización, al cual no formulaba críticas o complementos para su aplicación al escenario dominicano. Africa constituía el modelo de la sociedad arcaica, condicionada por el atraso y el despotismo. Tal postura lo llevó a convertirse en un admirador de Inglaterra y sus instituciones.⁶⁹ Todavía más se identificó con la vida francesa: en una de sus visitas a París se exclamó, aliviado, de que ahí se encontraba con lo que había siempre anhelado, es decir, la "vida agradable", "sin conspiraciones ni intrigas" de partidos, donde se "puede comer y dormir tranquilo" gracias a la libertad y al orden legal y estable.⁷⁰

Ahora bien, la construcción de tal orden presuponía necesariamente el nacionalismo. El pueblo dominicano, con toda seguridad, pensaba, contenía los gérmenes de civilización para construir una existencia acorde con el modelo abstracto que había hallado concreción en los países europeos, pero tal logro estaba condicionado a la soberanía. Mas encontraba que todavía había demasiado que hacer para perfeccionar el sentimiento nacional en la masa del pueblo, para lo cual otorgaba una función de primer orden a la prensa a partir del supuesto de que podía tornarse en un poderoso agente de educación popular. Así lo expuso literalmente en carta al director de uno de los periódicos de Puerto Plata:

"Démosle fuerza verdadera a la República con la conciliación de todos los dominicanos... causa de justa en guerra a las injusticias; agite el espíritu público para que vigile su independencia, cuando los yankees tienen la vista puesta en nuestra patria... hagamos del amor

⁶⁹ Estas expresiones lo acompañan desde el inicio de su vida política, antes de concluir la contienda con España. Véase, por ejemplo, la mención de "la noble Albión", en carta al presbítero Dionisio de Moya, La Vega, 14 de enero de 1865, "Escritos de Luperón", *Clío*, VII, nos. 36-37 (1939), 142.

⁷⁰ Luperón a..., París, 15 de abril de 1879, "Escritos de Luperón", *Clío*, VII, no. 38 (1939), 198.

a la patria la fuerza invencible de la independencia de la República."⁷¹

Mas, como se ha establecido, esa incorporación a la corriente del progreso debía hacerse sin menoscabo de la independencia. Por eso se oponía a la concertación de empréstitos. Contaba con que sería factible llegar a entendidos confiables con países europeos a fin de que cooperasen con el fomento económico. Sobre todo ponía las esperanzas en Francia, país al que asignaba el papel de eje de la "raza latina".

Consecuente con ese cosmopolitismo, consideraba innecesario e inconveniente un nacionalismo al estilo del que exponían los políticos haitianos. Abominaba de todo fundamentalismo nacionalista que conllevara "una preocupación", es decir el equivalente de una lucha social. Con cierto dejo de admiración, reconocía en los haitianos a los nacionalistas más beligerantes del planeta. Pero, en la medida en que dicho nacionalismo presuponía la cerrazón ante el mundo, traslucía una lógica inherente de la formación nacional haitiana que le resultaba inasimilable, puesto que era refractaria al progreso.

Para él, también entre los dominicanos germinaba la barbarie con espontaneidad, incluso entre las altas esferas del poder, lo que lo llevaba a considerar a los tiranos como Báez y Santana peores prototipos que los dominadores españoles de 1861. La diferencia respecto a los nacionalistas haitianos la percibía en la disposición de la sociedad culta a sofocar dichas expresiones, o sea, a no solidarizarse con ellas a nombre de la integridad nacional.

La atención que le prestó a la sociedad haitiana se explica por ser el ejemplo negativo al alcance de la mano, amén de seguir gravitando en su peligrosidad. Fue lógico que Luperón se mostrase hostil a los "piquets", campesinos haitianos contrarios a los liberales mulatos.⁷² Tales juicios adversos los

⁷¹ Luperón al director de *El Propagador*. París, 31 de marzo de 1882, "Escritos de Luperón", *Clío*, VII, no. 38 (1939), 201-202.

⁷² Luperón a José Gabriel García, Saint Thomas, 31 de enero de 1868, "Escritos de Luperón", *Clío*, VII, nos. 36-37 (1939), 193. En la época, Luperón se solidarizó con el

extendió hacia los "negristas" del Partido Nacional, en especial a su figura preponderante, el presidente Lycius Salomon, visualizado como enemigo irremediable de la libertad de los dominicanos.⁷³ En la misma tónica se refirió al prominente intelectual Louis Joseph Janvier, teórico del ala ultranegrista de los "nacionales", a la sazón embajador en París, cuando publicó un texto que, según Luperón, sin mencionar su título, ratificaba el derecho de la nación haitiana a la soberanía sobre toda la isla.

En verdad los juicios de Luperón sobre la actitud de los dominicanos ante el problema nacional oscilaba en función de circunstancias. Por una parte, encontraba como indiscutible la ratificación de un ordenamiento nacional, en la medida en que resultaba ser consustancial con las libertades republicanas. Consideraba que los dominicanos se habían constituido en nación a través de un prolongado esfuerzos de luchas, que arrancaron de 1789. El pueblo dominicano, espontáneamente, asegura, expele "por sí solo la dominación y la tiranía de todo poder extraño."⁷⁴ De manera que la política republicana no se desprendía de un ejercicio utópico del buen gobierno, sino de realidades ancladas en la historia del pueblo.

"Dicen los anexionistas que querer sostener la república es una ilusión, que somos utopistas. Pero que digan lo que quieran, lo ideal no es otra cosa que la verdad vista de lejos, y en nosotros hay más que lo ideal: hay veinte y siete años de gobierno propio que nos ha hecho una construcción rebelde al servilismo de los déspotas y amantes cada vez más a la independencia de nuestra Patria."⁷⁵

gobierno haitiano de Geffrard, representativo de la élite mulata, cuya caída lamentó como perjudicial para los dominicanos. Véase, por ejemplo, Luperón a Geffrard, Puerto Plata, 3 de abril de 1867, en Rodríguez Objío, *Gregorio Luperón*, II, 57.

⁷³ Luperón a José D. Valverde, Puerto Plata, 3 de enero de 1885, "Escritos de Luperón", *Clío*, VIII, nos. 42-43 (1940), 187.

⁷⁴ Luperón, "La anexión a España", *Eco del Pueblo*, 16 de septiembre de 1883.

⁷⁵ Luperón a José Gabriel García, Saint Thomas, 29 de noviembre de 1871, "Escritos de Luperón", VII, nos. 36-37 (1939), 151.

No siempre, sin embargo, sostenía la interpretación de consustanciación del nacionalismo con la masa. Se mostraba perplejo cuando comprobaba las débiles reacciones ante la barbarie de los generales baecistas y sus propósitos anexionistas. En las *Notas autobiográficas* toma cierta distancia retrospectiva de los hechos, pero en su correspondencia trasluce desesperación y despecho. Llegó a considerar la existencia de un estado de indignidad colectiva, que propiciaba la popularidad del anexionismo. "Nuestros compatriotas parece que han jurado ser esclavos de los malvados yankees, y al fin tal vez lo serán. Porque el pueblo que no defiende su nacionalidad, cuando está amenazado como hoy, es indigno de tener una propia."⁷⁶ El asentimiento hacia el anexionismo tenía para él origen en un estado refractario a la civilización, del que sobrevénía el funesto liderazgo de Báez, "lo último en felonía":

"El pueblo dominicano, embrutecido y salvaje, arrojado en el fango, en esa sentina de todos los crímenes, se dejará arrastrar perversamente a su ruina."⁷⁷

Ante tal situación, el imperativo del patriotismo se superponía al estado de conciencia de la población, e implícitamente lo hacía depender de la resolución de la minoría ilustrada. Por ello, tal vez le dolió más la indiferencia que, durante el gobierno de los Seis Años, a su juicio había caracterizado a la élite social e intelectual ante los aprestos anexionistas, descreída de que tuvieran visos de realidad. No dejaba, por ello, aun *a posteriori*, de sorprenderse de "la enormidad del mismo crimen y de la aparente indiferencia de nuestros compatriotas... que según parece se cuidan muy poco o nada de su independencia política y solamente cuando tengan el despotismo encima, cuando de dueños pasen a ser

⁷⁶ Luperón a José Gabriel García, Grand Turk, 16 de mayo de 1870, "Escritos de Luperón", *Clío*, VII, nos. 36-37 (1939), 149.

⁷⁷ Luperón a José Gabriel García, Curazao, 17 de enero de 1873, "Escritos de Luperón", *Clío*, VII, nos. 36-37 (1939), 152.

siervos, y cuando de propietarios pasen al servilismo será que nos darán crédito."⁷⁸ A pesar de las dudas que en medio de los hechos lo embargaban, no podía desentender el dictado de la conciencia de prestar su espada a la lucha, haciendo caso omiso de vacilaciones de unos e inconsecuencias de los más: "Me preparo a la guerra contra toda invasión extranjera, aunque yo soy el que menos debiera ocuparme por unos compatriotas infames y por una patria tan indigna."

Dotado de tal nacionalismo intransigente, Luperón decidió segregarse de la corriente mayoritaria entre el círculo de funcionarios de Cabral, favorable al interés norteamericano por la península de Samaná. La segunda administración de Cabral, en 1867, envió a EEUU al liberal santiguero Pablo Pujol a negociar el arrendamiento de Samaná a cambio de los recursos en dinero y armamentos para contrarrestar la insurrección baecista. Luperón abandonó el país en protesta por las negociaciones, asqueado por la evidencia de que casi todo el mundo, salvo "contadas excepciones", compartía la intención de negociar con los norteamericanos. Declaró tener conciencia de lo vital que resultaba la unidad de los liberales, pero se negaba a practicarla si no era sobre la base de una incuestionable salvaguarda de la integridad del territorio. Anteponía el nacionalismo a cualquier consideración de identidad grupal, por lo que en 1867 declaró estar dispuesto a sublevarse contra el gobierno de Cabral: "Hoy se acusa a su Gobierno de proyectos anti-nacionales, y se asegura que se pretende negociar la Bahía y Península de Samaná con el Gobierno Americano. Ilústreme sobre este particular, porque en semejante caso, no estoy dispuesto a sostener su administración, antes bien, sería el primero en combatirla."⁷⁹

Por lo visto, recibió ataques de los amigos de Cabral, "con la grosera propaganda de que quería establecer la guerra de

⁷⁸ Luperón a José Gabriel García, Islas Turks, 10 de diciembre de 1869. "Escritos de Luperón". *Clio*, VII, nos. 36-37 (1939), 147.

⁷⁹ Luperón a José María Cabral, Puerto Plata, 15 de junio de 1867. en Rodríguez Objío, *Gregorio Luperón*, II, 67.

castas, solamente porque no me prestaba como instrumento a la memorable venta de Samaná." La acusación de fomentar la "guerra de castas" puede indicar que en el Luperón de esos días todavía se presentaba un sesgo distintivo respecto a otros liberales, no solo en cuanto a intransigencia en el nacionalismo, sino, más aún, en lo relativo a encontrar en el espontaneísmo defensivo de la masa su sustento, aun cuando colidiese con la moderación elitista y la intransigencia liberal.⁸⁰

Pero, como se ha visto, el nacionalismo no tenía razón de ser si no se conectaba con la capacidad del pueblo de construir el orden de la modernidad. Para ello resultaba insoslayable la integración en el mundo, y ésta remitía a la negociación con las potencias, máxime en una época en que estas estaban en capacidad de aplastar la independencia dominicana. En Luperón se hizo una constante la contraposición del anhelo dominicano por la independencia con las pretensiones expansionistas de Estados Unidos. También encontraba un conflicto irremediable entre el interés nacional dominicano y una España que mantenía el dominio colonial sobre Cuba y Puerto Rico, pues la conservación de esas colonias requería del fracaso del experimento independiente de los dominicanos. La vieja metrópoli, aseguraba, alimentaba la intriga con el fin de sabotear los esfuerzos por la dignificación de los dominicanos.

Ahora bien, el real peligro era el expansionismo yanqui. Aun en los años posteriores a su presidencia provisional de 1879, creía firmemente que Estados Unidos seguía interesado en adueñarse de Samaná. El móvil detrás de ese interés sería promover la migración masiva de cuatro millones de libertos tras la guerra civil.

Columbró la única solución frente a este formidable peligro en insertarse en las brechas que deparaban las rivalidades de las potencias europeas con Estados Unidos, encontrando en

⁸⁰ Su biógrafo en vida recoge el radicalismo de Luperón en los fragores de la Restauración, al indicar que se oponía a la vez a los conservadores caudillistas, favorecedores de la conciliación con España y el retorno de Báez, y a los "comunistas". Ibid., I. 47.

la solidaridad de los europeos una garantía transitoria a la independencia dominicana en peligro. Así, en uno de sus viajes a Europa, Luperón procuró ganar apoyo de Inglaterra y otros estados en contra de los planes que atribuía a los norteamericanos. Propuso a Lord Granville, premier inglés, y a otros funcionarios europeos, que se aceptara el plan de declarar a Samaná territorio neutral, es decir, no sujeto a incorporación por parte de ninguna potencia.⁸¹ Granville le prometió obtener el concurso de Francia y Alemania para impedir que se materializaran los planes de Estados Unidos, acordando crédito aparente a las explicaciones que le brindó Luperón.⁸²

"A pesar de las afirmaciones del gobierno norteamericano, siguen circulando rumores alarmantes para la seguridad de nuestro territorio. (Recomiendo) la más estricta vigilancia sobre los pasos que puedan darse en nombre de los Estados Unidos de América, así como la mayor prudencia en las relaciones de la República con ellos. Los gobiernos europeos, cuyas simpatías y cuyo apoyo moral nos están asegurando, verán con disgusto cualquier infracción del derecho de gentes cometida por aquel Estado."⁸³

La relación cordial con las potencias europeas no era exclusivamente un recurso de compensación, para mantener un equilibrio conveniente frente a Estados Unidos. Implicaba, además, no sólo identificación plena con los perfiles de

⁸¹ Luperón a C. N. de Moya, Londres, 20 de mayo de 1882, "Escritos de Luperón", *Clío*, VII, no. 38 (1939), 204.

⁸² Empero, no era necesariamente un proeuropeo ingenuo. Por ejemplo, caracterizó tempranamente la política inglesa así: "al mismo tiempo que por egoísmo es hostil a toda anexión, favorece a todas las emancipaciones." Luperón a Ramón Emeterio Betances, Cabo Haitiano, 18 de mayo de 1890, en Rodríguez Objío, *Gregorio Luperón*, II, 341.

⁸³ Luperón a C. N. de Moya, París, 15 de abril de 1882, "Escritos de Luperón", *Clío*, VII, no. 38 (1939), 202-203.

civilización, como se ha visto, sino la disposición a obtener en ellas los medios para la siembra del progreso en el país. A pesar de la declaración continua acerca de las energías populares como soporte de la independencia, a la vista del papel crucial que estaban llamados a desempeñar los países industriales de Europa, su convicción nacionalista enfrentaba dilemas que no pudo resolver. En dado caso, no llegó a reflexionar acerca de las consecuencias que podía tener la invitación que formulaba a que ingresasen corrientes de capitales e inmigrantes y que el país desarrollara al máximo las relaciones comerciales con Europa.

De manera que no tuvo dudas acerca del camino elegido. Resumió los elementos necesarios para la dinámica del progreso en la inmigración de europeos, para lo cual desplegó renovados esfuerzos en sus viajes.⁸⁴ Urgido, pues, por encontrar las vías para el despegue del progreso, compartió con sus amigos el supuesto de que la inmigración constituía el medio por excelencia de civilizar el país y de promover la entrada de capitales. Para él había una conexión entre la inmigración y el fomento de capitales, elementos ambos que demandaban una apertura respecto al exterior. El logro de una corriente de pobladores europeos, a su vez, tocaba el corazón del ordenamiento económico, puesto que suponía resolver la "cuestión agraria", es decir, el sistema de propiedad rústica, así como la delimitación de los terrenos estatales.

En la inversión de capitales europeos veía la piedra de toque del éxito del proyecto civilizador nacional. La importancia que concedió al flujo de capitales le hizo exclamar que el crédito de Gran Bretaña debe ser la "palanca del progreso."⁸⁵ Es razonable que se mostrara entusiasmado cuando el cónsul dominicano en Londres le garantizó, en 1882, la seriedad de

⁸⁴ Sostuvo correspondencia con organizaciones judías, en 1882, con el fin de propiciar una corriente inmigratoria desde Europa Central y Oriental. *Checheco*, *Ideario*, 255-256.

⁸⁵ Luperón a C. N. de Moya. París, 30 de mayo de 1882. "Escritos de Luperón", *Clio*, VII, no. 38 (1939), 205-206.

la compañía que se proponía construir el primer ferrocarril. Asimismo desarrolló negociaciones para la instalación del cable submarino y para la fundación de un banco, aunque en lo último no llegó a acuerdos con los inversionistas británicos al juzgar que sus propuestas no eran ventajosas para la República.

Aunque enemigo del endeudamiento externo, como lo manifestó en reiteradas ocasiones, recomendó que se arreglase el diferendo con los inversionistas del empréstito Hartmont. Se dio cuenta, por recomendación de estadistas ingleses, que el país no podría gozar de créditos comerciales y que no habría inversiones directas de Inglaterra si no se llegaba a un entendido sobre el asunto.

De todas maneras, siempre trató de insertar las anteriores disquisiciones en una perspectiva nacionalista. Esto se percibe en la especificidad de su propuesta de que los planes migratorios se basasen en el flujo espontáneo de cubanos y puertorriqueños. Al igual que Espaillat, problematizó los supuestos que se derivaban de la migración como el medio crucial de tránsito al progreso. Destacó que la llegada de cubanos y puertorriqueños constituía una migración tangible por ellos "ser verdaderos migrantes", con la ventaja adicional de "ser la más barata" y "natural", de "hermanos" con proximidad cultural, permitiendo a los dominicanos el ejercicio de la confraternidad.⁸⁶ Frente a las presiones de España, Luperón hizo lo posible para que no se expulsase a los cubanos y puertorriqueños. El presidente González, inclinado a acoger las presiones españolas, fue confrontado por Luperón, lo que llevó sobre todo a los cubanos a inmiscuirse en política interna y se precipitó la deportación de muchos de ellos.

Los contrastes de la identidad dominicana

Aunque, como se ha visto, Luperón abrigaba graves reservas acerca de las capacidades del pueblo dominicano en

⁸⁶ Carta al Sr. O. 9 de septiembre de 1875. "Escritos de Luperón". *Clio*, VII. no. 38 (1939). 197.

el contexto de su época, nunca llegó a dudar de su potencialidad para la construcción de la vida civilizada. Desde ese ángulo, el nacionalismo tenía una pertinencia capital, por cuanto presuponía la protección del conglomerado. La única forma de su realización estaba asociada a la vida independiente, pero esta a su vez implicaba un plano de conservación de rasgos nacionales. Se puede inferir, en efecto, que para él el contenido de la nación es político, pero tiene por premisa un ordenamiento cultural, parte del cual debe ser conservado aunque lo asociara a un lastre negativo. En verdad no llevó su pensamiento a ese respecto hasta las últimas consecuencias, no resolviendo el conflicto que podía presentarse entre los planos de recuperación de tales rasgos culturales del colectivo y las exigencias de la erradicación de partes de ellos como prerequisite para el progreso.

En dado caso, fue a través del contraste con los países cuyos estados se presentaban como una amenaza para la independencia dominicana que Luperón expuso sus miras acerca de este juego entre lo existente y la innovación en pos del progreso. No se trataba solo de que objetivamente el pueblo dominicano expeliera toda dominación extranjera, sino que los factores que a su juicio lo amenazaban resultaban inconvenientes para la mecánica entre su estatuto nacional y el cambio moderno. En otras palabras, aunque perseguía un progreso de corte cosmopolita, entendía que debía coincidir con características irreductibles de la colectividad dominicana.

Así pues, rehacía el optimismo sobre la base de que el pueblo podía tornarse en sujeto de su realización. Desde tal perspectiva, establecía una diferenciación del *ethos* nacional dominicano con el de los haitianos, a quienes percibía como esencialmente refractarios al progreso. La formación nacional haitiana, a sus ojos, representaba la antítesis de la lógica de desenvolvimiento de la civilización moderna, la única posible. Percibía a Haití como país anclado en un estadio de barbarie interiorizado en los individuos. Desde las primeras páginas de las memorias identificó al país vecino con "su sistema despótico y estacionario, sus asesinatos, sus rapiñas y su

barbarie."⁸⁷ Aunque no lo expresó de manera expresa, es probable que vinculara tal conclusión a los orígenes africanos cercanos en el tiempo de la población haitiana.⁸⁸ Su visión de África como el prototipo del despotismo bárbaro, sin embargo, no autoriza que partiera de una premisa racial o racista, que no se encuentra en ningún lugar de sus escritos;⁸⁹ por el contrario, no pocos fragmentos de sus obras muestran la convicción de la igualdad de todos los seres humanos.⁹⁰ Simplemente, lo africano representaba en el presente un estadio de la evolución de la humanidad que felizmente la modernidad tendía a superar. Es notorio que, a pesar de la incidencia de factores raciales en determinados procesos sociales y políticos del país, Luperón en ningún momento los tomara en consideración.

En cualquier caso, para él la distinción de contenidos culturales entre dominicanos y haitianos no entrañaba sólo

⁸⁷ Luperón, *Notas autobiográficas*, 33.

⁸⁸ En un fragmento, para caracterizar el despotismo cerrado de Buenaventura Báez, acudió a su comparación con lo que caracterizaba al África.

⁸⁹ Se ha supuesto que Luperón ponderaba en la condición haitiana una fuente natural de despotismo, a su vez derivación de una perspectiva "racialista": "A similar racialism is evident in the neighbouring Dominican Republic, where the mulatto politician Gregorio Luperón maintained that a *raza mixta* of European and African was particularly suited to the climate of the Caribbean. He further ascribed the barbarous behaviour of the 'savage General Heureaux' to 'his descent which is from Haiti." David Nicholls, *From Dessalines to Duvalier*, New Brunswick, 1996, 121. Luperón dice, literalmente, en la página citada por este historiador británico, probablemente a partir de una referencia de H. Hoetink, en contraste con lo que se le atribuye: "Actualmente, el salvaje general Heureaux hace mil veces peor que el uno y el otro para acabar con el país y para cumplir su deseo de bárbara venganza, como descendiente que es de Haití." Luperón, *Notas autobiográficas*, I, 35. La condición de salvaje la extiende Luperón a no pocos políticos dominicanos, blancos o casi blancos, no estando en ningún momento autorizado que calificara a Heureaux de tal por su ascendencia haitiana; en cualquier caso, la atribución de "racialismo" evidencia un desconocimiento rotundo del pensamiento de Luperón. Lo único que hay envuelta en la pretendida venganza que imputa a Heureaux es que encarna la contraposición nacional de los vecinos insulares.

⁹⁰ "Nosotros suponemos que la unidad de la especie humana es la unidad de la naturaleza, y también la unidad de Dios. Su origen general viene del primer hombre; de su cuna depende el linaje humano." Luperón, *Notas autobiográficas*, II, 431.

diferencias de grados sino esencias que conllevaban proyectos distintos de sociedad. Aunque en tal caracterización partía de un ideal normativo proveniente de la élite, lo hacía extensivo al conjunto de la colectividad dominicana, aun cuando todavía no pasara de un estadio potencial. De tal manera, no obstante la aversión que experimentaba ante el rudimentario estadio de desarrollo de la masa del pueblo dominicano, la encontraba apta para escalar hacia situaciones superiores del reino de la civilización. Más aún, encontraba, con variados matices de formulación, que el pueblo dominicano se había consustanciado con muchas de las fórmulas de la civilización, origen precisamente del antagonismo nacional con los haitianos, quienes no renunciaban a subyugar a los dominicanos para imponerles un esquema de sociedad que no deseaban.

En su discurso, el derecho al progreso que entrañaba la independencia de Haití se hacía desde una óptica de recuperación de las tradiciones culturales, resumidas en la noción de "raza". Con este concepto, al igual que otros contemporáneos, no aludía a ninguna de las llamadas "razas", sino a la peculiaridad somática y, por ende, cultural de los dominicanos, que tenían derecho a defender.⁹¹ La recurrencia a las tradiciones envuelve un componente sintomático del liberalismo, aun en su etapa más ortodoxa, pues incluye a figuras tan diversas como José Gabriel García, Emiliano Tejera o Pedro F. Bonó.

Por esto la independencia del estado vecino envolvió un asunto vital de supervivencia y de preservación de la identidad nacional. En la derrota de los intentos hegemónicos de los haitianos estaban en juego los planos esenciales de la comunidad.

⁹¹ La utilización del concepto de "raza" para caracterizar al pueblo dominicano ha dado pábulo a que se localice un racismo generalizado en la colectividad. Interpretación errónea por interesada y carente de sustento empírico. No se debe dejar de insistir en que "raza" en tal acepción significa pueblo, con el fin de denotar su especificidad. Es dudoso que tal acepción proviniese de los intelectuales, sino que lo más probable es que quienes la utilizan, como Luperón, la tomaran prestada del uso popular.

"El pueblo dominicano defendía más que su independencia; defendía su idioma, la honra de sus familias, la libertad de su comercio, la moralidad del matrimonio, el odio a la poligamia, mejor destino para su raza, mejor suerte para su trabajo, la escuela para sus hijos, el respeto a la religión de sus antepasados, la seguridad individual y de la propiedad y la facultad de poder viajar al extranjero. Era la lucha solemne de costumbres y de principios diametralmente opuestos, de la barbarie contra la civilización, de la luz contra las tinieblas, del bien contra el mal."⁹²

En las luchas liberadoras que se sucedieron desde 1863, los liberales dominicanos tuvieron que entablar relaciones estrechas con sus contrapartes haitianos. Luperón se refiere a algunos de ellos con respeto, sobre todo los presidentes Geffrard y Saget y algunos de sus correligionarios. Pero, en general, insiste en la mezquindad que animaba la solidaridad de los dirigentes haitianos por la causa dominicana. Hasta recrimina a Geffrard por su falta de consistencia con las aspiraciones de los dominicanos.

A pesar de todas esas diferencias, Luperón propugnó por la solidaridad de los dos estados con vistas a proteger sus respectivas soberanías. En varias de sus cartas y en otros documentos afirma que era imperativa la fraternidad entre los dos pueblos de la isla. Esto indica que el rechazo a la formación nacional haitiana no dejaba de tener paliativos en su visión. Lo situaba, implícitamente, como un producto pasado y presente, pero no inevitable en el futuro. Por muchas expresiones de sus textos se infiere que para él la amistad de los dos países se haría realidad desde el momento en que los occidentales reconocieran la independencia dominicana y se orientaran por la senda de la civilización. Al igual que reconocía potencialidad para el progreso a los dominicanos, de seguro no la negaba a los haitianos, ya que su visión de la incidencia

⁹² Luperón. *Notas autobiográficas*, I, 34-35.

de lo africano, o de la barbarie, constituía un lastre superable. El peligro de los norteamericanos, a su juicio interesados en apoderarse de toda la isla, debía constituir el cemento de la superación de las divergencias de intereses entre haitianos y dominicanos.

Este objetivo de los norteamericanos contra la independencia de los dominicanos, a su decir, formaba parte de los designios de exterminio de la "raza latina". Dichos proyectos suponían para él un peligro inminente para la integridad nacional porque Heureaux había decidido entregarse a los norteamericanos.

A pesar de lo delicado que observaba la situación a lo largo de la década de 1880, debido al fortalecimiento de Estados Unidos, entendía que la resistencia al peligro que representaba era factible sobre la base de la imposibilidad de asimilación de los patrones culturales norteamericanos por los dominicanos. De nuevo, en este caso, para mostrar el contraste de culturas, adopta la categoría de "razas". Ya no son culturas, sino pueblos integralmente los que no pueden fundirse. A los norteamericanos, como un todo, les acuerda también la pertenencia a una "raza", cuyos rasgos no tenían nada en común con los dominicanos. En medio del combate contra la anexión a Estados Unidos, recuperaba la confianza de que el proyecto no podría tornarse viable, pese a la disposición de porciones de la población dominicana, por resultar esta inasimilable en otro esquema socio-cultural.

"La República Dominicana no tiene condiciones sociales que dejen suponer sus deseos de entrar como Estado, o en otro sentido, a formar parte de la Gran República Americana; todo lo contrario, su estructura social, idioma, religión, hábitos y costumbres, contradicen abiertamente tal resolución."⁹³

⁹³ Luperón, "Protesta al Senado y Congreso de la Unión Americana". en Rodríguez Objío, *Gregorio Luperón*, II, 321.

Luperón se adelantó en cierta manera al panlatinismo de José Enrique Rodó. Encontró en la "raza" norteamericana un utilitarismo carente de moral. Los dominicanos, en cambio, mostraban rasgos encomiables, como la solidaridad desinteresada y la creencia en ideales producto de la religiosidad. A su vez, dichos rasgos los ve como parte de un conjunto cultural más amplio, el de la "raza latina". Desde ahí derivaba su empatía por Francia, aunque también normada por motivos políticos y la adscripción de ese país a una modernidad articulada con el respeto a la libertad e individualidad de los humanos.

Tal condición política, que antepone a la identidad nacional, se evidencia en su tratamiento de la relación con España, de la cual provienen los rasgos "latinos" de los dominicanos. En Luperón se encuentra la expresión más neta del rechazo de una porción del liberalismo respecto al legado español. La construcción de la nación tuvo que darse en oposición a las pretensiones de la vieja metrópoli. En los años posteriores a la Restauración, se refirió en reiteradas ocasiones a España como "el enemigo".⁹⁴ Su posición evolucionó, tal vez tomando nota de la percepción vigente en la generalidad de la población; aseguró que no existía odio a España hasta 1861, pese a los 329 años del "abominable sistema colonial, que mantuvo humilladas las clases patricias, bajo el peso de un inmoderado despotismo."⁹⁵ Asevera más, que entre los dominicanos se mantenía el mismo punto de vista tras el intento anexionista de 1861 y la subsiguiente guerra.

Ahora bien, a pesar de la comunidad de tradiciones culturales, explica que la anexión a España en aquel momento ya no era viable, porque se había conformado una "tradición de luchas" que arrancó en 1789 y había culminado en 1844, dando lugar a que el país expeliera "por sí solo la dominación y la tiranía de todo poder extraño." No se trataba solo de un

⁹⁴ Ibid., II. 90.

⁹⁵ Luperón, "La anexión a España", *El Eco del Pueblo*, 16 de noviembre de 1883.

hecho objetivo, pues frente a la cobardía de los políticos, el pueblo mantenía su valentía, término que implicaba la adopción del extremo opuesto a la recusación del pueblo como carente de patriotismo, amparado en el supuesto de que las guerras de independencia se improvisan por los mismos pueblos, originándose en una especie de subconsciente colectivo.

De manera que, en fin de cuentas, la sustancia intrínseca de los dominicanos, su "honra", era vivir en libertad. La autodeterminación ganaba primacía sobre cualesquiera componentes culturales de la identidad nacional. Pero además de tal requisito consustancial de la constitución del colectivo nacional en el siglo XIX, Luperón lo veía vinculado a la aspiración por el orden democrático, punto en el cual registraba un contraste irreductible con España. De ahí que calificara de falsedad que la historia dominicana sea similar a la de España: asegura que mientras la República Dominicana se organizó de acuerdo a los preceptos de la libertad, España siguió siendo un país sometido a la esclavitud de los monarcas.⁹⁶ La verdadera historia de los dominicanos arrancó, en su elaboración historiográfica, en el momento en que se cuestionaron los lazos coloniales. No niega las improntas culturales de los españoles, pero globalmente las caracteriza como negativas, fuente de la ignorancia y el despotismo.⁹⁷

Cualquier otra dominación extranjera tendría que ser rechazada de manera espontánea por el pueblo. Articulaba ese supuesto con el resumen de la identidad dominicana en la voluntad por la autodeterminación, medio de afirmación de una sustancia derivada de la aspiración por la libertad y el progreso.

El colofón del estado fuerte

El panorama arriba descrito de cómo visualizaba el peligro que envolvía la evolución de las relaciones internacionales y

⁹⁶ Luperón, "Contestación a 'La Bandera Española'". *El Porvenir*, 6. 13 y 20 de diciembre de 1874.

⁹⁷ Luperón, "Colón", *El Porvenir*, 11 de octubre de 1874.

la posición en ellas de República Dominicana lo condujo a favorecer el fortalecimiento del estado. Esta postura, antagónica con los preceptos genéricos del liberalismo y de sus afirmaciones previas, también se conectaba con la evaluación que hacía de los precedentes de la historia del país. En gran medida, tal giro resultaba un corolario de la experiencia gubernamental, convencido de que el estado seguía constituyendo el único agente momentáneo de un proyecto nacional. Mostró carecer de indicios para que emergiera un agente del desarrollo económico en el seno de la sociedad, puesto que reconocía implícitamente todavía demasiado débil la eclosión del prototipo del ciudadano burgués, su modelo de ente económico y político. En las ocasiones en que, siendo presidente, se presentaron conflictos entre los intereses privados y los estatales, no vaciló en pronunciarse por los segundos. Así lo hizo al elevar el impuesto a las exportaciones, en aras del fortalecimiento del estado, agente único de la paz y la seguridad de la nación.

En lo inmediato, la propuesta estatista daba respuesta a la necesidad de que el país se dotara de los medios para su defensa frente a Estados Unidos. Incluso no dejaba de tener conciencia sobre lo que significaba el ejercicio de prácticas abusivas por parte de los civilizados europeos. Así lo comunicó, en privado, con motivo del bombardeo de Alejandría. "Me ha conmovido profundamente. Es que para mí es un tormento terrible el saber que todavía hay pueblos en pleno siglo XIX que como la poderosa Inglaterra, abusan tan bárbaramente de sus fuerzas contra los pueblos pequeños y débiles."⁹⁸

Estimó que hechos como ese no eran aislados, sino que respondían a la pretensión de las potencias al dominio sobre los países débiles. En particular, estaba penetrado del convencimiento de que había naciones poderosas que conspiraban contra la integridad de la República Dominicana contando con

⁹⁸ Luperón al director de *El Porvenir*, París, 15 de julio de 1882. "Escritos de Luperón". *Clio*, VII, no. 38 (1939), 208.

"nuestra fatal desunión y la ignorancia de no saber darnos la fuerza necesaria para castigar la impunidad..."⁹⁹ Era crucial crear el estado de conciencia en el pueblo dominicano, en el sentido de que "esas injustificables violaciones de naciones extranjeras lastiman profundamente la dignidad nacional, y deben enardecer el noble espíritu dominicano."¹⁰⁰

Focalizaba la reflexión en el significado de los nuevos armamentos en ese dispositivo agresivo, ponderándolos como un peligro formidable para la soberanía nacional. Predicó para que los dominicanos tomaran conciencia del poder destructor de los armamentos, registrando cómo un buque podía destruir una ciudad amurallada como Santo Domingo en dos horas. Llegó, sobre esa base, a la conclusión de que había cambiado el juego de factores para el mantenimiento de la independencia, antes factible únicamente gracias a la decisión de los dominicanos. "Hoy el valor sin los nuevos armamentos no vale nada."

La única solución estribaba en crear un ejército poderoso, en lo que entraba en conflicto con su convicción del peligro que para él entrañaba el ejército dominicano para la democracia. Claro está, entre los dilemas de independencia o democracia, su sentido realista lo llevaba a escoger la primera. A lo sumo, se limitó a dar la garantía de que, mientras dependiera de él, la fuerza armada no sería utilizada para conculcar derechos ciudadanos. De hecho, estimaba imprescindible que, en aras del progreso, se pagase un tributo a la fuerza. "Es muy conveniente que no nos hagamos ilusiones que pueden sernos funestas. Hoy la cuestión de armamentos es vital para las naciones que quieren conservar su independencia."¹⁰¹

Tuvo, sin embargo, la lucidez de captar que la defensa nacional no dependía exclusivamente de los armamentos, aunque no sería factible sin ellos. Formulaba tales ideas porque creía

⁹⁹ Luperón al director de *El Propagador*, París, 31 de marzo de 1882, "Escritos de Luperón", *Clio*, VII, no. 38 (1939), 201-202.

¹⁰⁰ *Ibidem*.

¹⁰¹ *Ibidem*.

que todavía no sólo era posible eludir el dominio yanqui, sino enfrentarlo a través de un proceso acelerado de maduración nacional plasmado en el estado, que condujera a la capacidad de sostener una guerra defensiva. Así pues, la conciencia nacional hallaba en el fortalecimiento del estado, especialmente en el aspecto de su dotación de fuerzas armadas modernizadas, el único medio práctico de materialización.

Como detrás subyacía la continuidad de la independencia dominicana, precisábase hallar el mecanismo financiero para fortalecer el estado. Encontró que la República se hallaba sustentada en principios erróneos de economía política, y que los mismos no dejaban de tener conexión con la precariedad de la independencia en tiempos pasados. La respuesta que dio fue del todo sencilla: había que pagar impuestos y elevar la tasa de tributación, como el reverso de la acción civilizadora del aparato público y su función de garante de la soberanía. El asunto se magnificaba desde el momento en que la sociedad hacía responsable al gobierno "hasta de las revueltas que hacen sus enemigos para derrocarlo." Constató que "se quiere... que el Estado lo haga todo": escuelas, puentes, caminos, iglesias, bibliotecas, pensiones, paz, tribunales, tropas y cuantas cosas se podían imaginar.

Más aún, advertía una disparidad clave entre la orientación progresiva del ciudadano burgués, creador de riqueza, y la tradicional, "de hombres desgraciados e ignorantes dispuestos a todas las revueltas que viven apegados al Estado y son sus parásitos." Para que se mantuviera el progreso ya advertible en las industrias que se fomentaban, reconocía que debía producirse una reversión de tal actitud tradicional, pero sin ilusiones de que el país pudiera prescindir de la acción civilizadora del aparato público. Y, por tanto, se requería superar la situación en que "nadie quiere pagar un peso de contribución." La regularización de las finanzas estatales, con el fin de que tornasen factible los esfuerzos de modernización, paz y defensa nacional, pasaba por un cambio de cosmovisión de la población, en el sentido de dejar de pedirlo todo al

gobierno y reconocer la conveniencia de la tributación. El fortalecimiento del estado vendría a ser la culminación de la institucionalización en paz del país y la clave de la resolución de sus problemas.

"Se ha resuelto admirablemente el problema político y el social, pero no el problema económico. Nadie quiere comprender que una nación que nada paga al Estado, nada puede darle el Estado."

Desencuentro y reencuentro con la base social

La primacía que acordó al fortalecimiento del estado lo hizo confrontar a todos los que postulaban por el mantenimiento de un estado débil que, de acuerdo a la concepción liberal, no aplastara la sociedad. Estuvo en tal estado de ánimo en su requisitoria contra el socialismo, subterfugio para autorizar la vehemencia contra quienes criticaban el autoritarismo de los gobiernos por él auspiciados.¹⁰² Sin duda dio muestra de superficialidad al no captar que el fortalecimiento del aparato estatal que llevaron a cabo las administraciones azules estaba llamado a traer la eventualidad de establecimiento de una nueva dictadura.

En ese momento se cuestionaba la ya visible derivación oligárquica del Partido Azul, ante la cual Luperón se mostraba impertérrito. Tal actitud dio por resultado que, equivocadamente, los jóvenes urbanos identificaran a Luperón como coartífice de lo que sucedía, cuando el responsable de un rumbo deliberadamente autoritario era Heureaux.

Las diatribas que recibió el prócer lo condujeron a un paso todavía más equívoco, como fue el solidarizarse con Heureaux. Cuando el presidente Billini, de posturas liberales ortodoxas, intentó desplazar el influjo de Heureaux, pese a que este último contribuyó a elevarlo a la presidencia, Luperón tomó abiertamente partido en contra del presidente enviándole una

¹⁰² Roberto Cassá, "Eugenio Deschamps ante la edad de oro del liberalismo dominicano" (En prensa).

comunicación amenazante que posiblemente fue la gota que colmó el vaso para decidirlo a presentar su dimisión.¹⁰³ Es probable que Luperón actuase en respuesta a la maniobra de Billini de permitir el retorno del ex presidente Cesáreo Guillermo, enemigo furibundo tanto suyo como de Heureaux, con lo que de seguro se buscaba debilitar a este último. Al abdicar Billini, Heureaux se movilizó de inmediato contra Guillermo y lo obligó a insurreccionarse en Azua. Aislado, el intrépido aventurero optó por suicidarse. El fracaso de Billini, la eliminación de Guillermo y la inadvertencia de Luperón despejaron definitivamente el acceso al poder total de parte de Heureaux: desde la presidencia, tras el interinato del vicepresidente Alejandro Woss y Gil, pudo compactar a muchos de los azules de influencia y socavar sin ambages la influencia de Luperón.

El prócer captó lo que tejía su discípulo-rival y rompió las relaciones personales con él. Empero, como no aceptaba las posturas de los jóvenes radicales, le mantuvo el respaldo, la acción más controversial de su trayectoria. Con motivo del fraude electoral que cometió Heureaux contra el candidato rival Casimiro N. de Moya, en 1886, los partidarios de este último se levantaron en armas; Luperón llegó al extremo de comandar las operaciones gubernamentales en el Cibao. Entre los muertos de los moyistas se encontró su cuñado Félix Tavares, a quien el prócer estimaba como hijo, suceso que debió serle particularmente doloroso. Mantuvo su postura no obstante haber reconocido la inmensa popularidad de la rebelión y la compactación en la misma de la juventud culta. Los hechos dieron con rapidez razón a los jóvenes que cuestionaban a Luperón, pero cuando estos observaron que el prócer se había disociado del emergente tirano buscaron acercársele y lo volvieron a reconocer como guía. Este giro se manifestó en el acercamiento de Deschamps hacia Luperón, facilitado por el hecho de que nunca había cuestionado su

¹⁰³ Luperón lo reconoce y reproduce la comunicación, en que amenaza a Billini con derrocarlo. *Notas autobiográficas*, III, 183 ss.

integridad personal. Ya era tarde: Heureaux logró aislar paulatinamente a Luperón, aunque procuraba posponer el enfrentamiento abierto. Al decir de Luperón, cuando Eugenio de Marchena obtuvo el empréstito Westendorp, en la víspera de las elecciones de 1888, el presidente se presentó a la repostulación y desató la persecución contra los que se negaban a plegarse a su preponderancia. Con mucho dinero en manos, pudo distribuir sobornos a granel y erosionar el círculo tradicional de íntimos puertoplateños de Luperón.¹⁰⁴ Este hizo un recuento retrospectivo de lo acontecido alrededor de las elecciones, al verse obligado a retirar la candidatura. Le fue lacerante constatar que sus partidarios no "buscaban principios sino dinero", por lo que ni siquiera se redactaba una carta sin que mediara un pago. Declaró haber gastado 78 mil pesos, quedando arruinado, puesto que no consiguió apoyos en el estamento comercial, ni siquiera en calidad de préstamos. Contando con los recursos del gobierno, Heureaux pudo atraer a muchos de los propulsores de la candidatura de su viejo jefe. El colofón fue que Luperón de nuevo quedara desencantado al haber visto "hasta dónde se había corrompido el espíritu público." Registró una excepción:

"Los únicos honrados eran los jovencitos de Puerto Plata y de algunas otras ciudades y muy raros individuos que no pedían nada y que querían que yo los hubiera lanzado a una lucha sin recursos y muy aventurada."¹⁰⁵

Esos "jovencitos" eran los mismos que acusó tres años antes de estar contaminados por la demagogia socialista. Pero mientras ellos aceptaron colocarse bajo el liderazgo de Luperón,

¹⁰⁴ Por ejemplo, Federico Lithgow, que permanecía como adherente de Luperón, quien lo aceptaba por encima de sus conocidos actos de crueldad, fue conquistado por Heureaux, aunque al decir de Luperón fingió seguirle siendo fiel para desempeñar una misión de espía.

¹⁰⁵ Luperón a Rodolfo O. Limardo, Saint Thomas, 20 de diciembre de 1992, "Escritos de Luperón", *Clio*, VII, no. 38 (1939), 213.

éste no varió su evaluación de lo acontecido.¹⁰⁶ En las memorias, comenzadas a publicar diez años después del paroxismo de enfrentamiento con los jóvenes radicales, Luperón ratifica su conducta, vanagloriándose de estar "dispuesto a luchar contra el socialismo, el comunismo, la demagogia y su anarquía, que es mil veces más funesta y más perniciosa que todos los tiranos."¹⁰⁷

Como parte de su justificación *ex post*, Luperón no se propuso someter a cuestionamiento las raíces del encumbramiento del general Heureaux. Lo hizo depender con exclusividad de su capacidad de intrigas, de las maniobras de los rojos -quienes lo utilizaron a través de Manuel María Gautier y Eugenio de Marchena- y de la descomposición moral del pueblo. El que no estableciera las conexiones entre las recusaciones de los intelectuales radicales y el apoyo postrero en 1888 ilustra la ya expresada carencia de capacidad explicativa ante el resultado final de la recomposición política que él inició.

Los componentes estructurales del "capitalismo del privilegio", como lo calificó Bonó, estuvieron ausentes de su razonamiento del despotismo lulisista, cuyas descripciones, si bien valiosas, tendían a asimilarlo a las anteriores dictaduras dominicanas. A lo sumo, Luperón introdujo el ingrediente de la corrupción como nota distintiva de la degradación de la política de su época, a cabalidad utilizada por Heureaux, aunque la hace remontar a las técnicas utilizadas por Ignacio María

¹⁰⁶ En la remembranza de los hechos, se advierte la intención de hacer descansar en los errores de otros las causas de que se obstinara en respaldar a Heureaux. *Notas autobiográficas*, III, 172. Admite la falla de no haber aceptado la candidatura presidencial en 1886, cuando hubiera evitado la guerra civil entre azules y estorbado el ascenso de Heureaux, añadiendo que le faltó capacidad para prever lo que iba a suceder por su negativa a ejercer el poder. Es posiblemente el único reconocimiento autocrítico a lo largo de las memorias. Desde luego, ahí no estribaba el meollo de la cuestión, porque dejaba en el terreno de las decisiones individuales lo que competía a orientaciones de fondo de proyectos sociales. Obvia en el terreno de la decisión aleatoria, por sus escrúpulos y la ausencia de ellos en Heureaux, el juicio de la degeneración oligárquica. *Ibid.*, III, 181.

¹⁰⁷ *Ibid.*, III, 175.

González tras 1874.¹⁰⁸ El análisis del poder de Heureaux no deja de ser relativamente realista, en cuanto a ponderarlo como producto de una etapa de la moral pública, que caracteriza como de "pérdida del honor", de la que infiere el reciclamiento de la sintonía entre dictadura y sociedad. Pero ese componente queda limitado a una condición aleatoria, para nada conectada con cambios sociales y con consecuencias inéditas de la modernidad. De todas maneras, se colige que le atormentaba la sospecha de que algo vital estaba cambiando, vulnerando la correlación entre progreso material, civilización, democracia y moral.

"Hoy la nación ha perdido principios y sentimientos, sin los que la libertad desaparece. Hoy el amor a la patria es carga en el fondo del bolsillo; anteriormente se llevaba grabado en el corazón. Muy pocos piensan actualmente en el porvenir, y parece que creen que la tiranía que los humilla y avasalla no tendrá fin, sostenida por la perversión de los grandes sentimientos populares; y como si la patria y el patriotismo fueran una quimera, corren detrás del opresor a venderles sus derechos y sus libertades, con lo cual tienen los estúpidos la lógica satisfacción de sus bajezas. La concupiscencia se sobrepone a cualquiera otra consideración. El fraude en todos los negocios es regla, en vez de ser la excepción. En política se engañan los unos a los otros, sin que ninguno tenga el valor de protestar contra la infamia."¹⁰⁹

¹⁰⁸ Ibid., II, 290. Un asunto tan genérico sin embargo lo obligaba a referencias de prácticas previas. Por ejemplo, registra cómo, para grangearse popularidad, en su tercer gobierno de 1865-66 Báez repartió 200 pesos entre cada uno de los jefes militares de la recién concluida contienda. De todas maneras, es aceptable el criterio de que las dádivas repartidas por González inauguraran una búsqueda novedosa en la práctica política.

¹⁰⁹ En Secretaría de Estado de lo Interior, Policía, Guerra y Marina. *Apoteosis del General Gregorio Luperón*, Santo Domingo, 1926. 61, citado por Chez Checo. *Ideario*, 59.

Derrotado, a pesar de sus instrumentos intelectuales, no traspasaba lo aleatorio en el terreno individual. La causa de la dictadura, en gran medida, la circunscribía a la perversidad de su pupilo. Tal género de interpretaciones ponen de manifiesto qué había quedado desfasado ante las evoluciones de la década previa a su deceso. En cierta manera, al quedar desbordado por la evolución de los hechos, devino una figura con tintes anacrónicos, no importando que siguiera siendo la cabeza de los exiliados que trataban de derrocar a Heureaux por medio de una acción expedicionaria.

Ciertamente se mantuvo incólume, despreciando las ofertas de reconciliación que le hacía llegar el pupilo, soportando estoicamente desengaños y miseria. Debíó quedarle la satisfacción de la coherencia con sus viejas convicciones y de que, con todo, seguía representando una luz para quienes defendían un proyecto nacional-democrático. Pero la lectura de las memorias pone de manifiesto el tormento que lo aquejaba durante sus años postreros a causa de no haberse superado el círculo infernal de la política autocrática. En consecuencia, el sesgo trágico que se asoció a su compromiso patriótico debíó haber alcanzado su cénit después que, aquejado por el cáncer, tuvo que renunciar a la empresa de derrocar la tiranía.

Su desaparición acentuó los cambios de muchos términos de la política. De los próceres de la contienda restauradora, Luperón tal vez es el último en haber tenido presencia connotada. Su figura marcaba determinadas perspectivas ortodoxas del proyecto liberal.

No por casualidad, la política dominicana estaría llamada a variar sustancialmente a partir de la caída de Heureaux, tan solo dos años posterior al fallecimiento de Luperón. En lo adelante se replantearía con nuevos tintes la cuestión nacional como consecuencia de la penetración directa del imperialismo, lo que no había sido necesario ni posible mientras Heureaux se mantuvo en el poder.

Por lo demás, desde antes estaban variando los términos

conceptuales del debate intelectual. Tras consolidarse en el poder, muchos azules de relieve se comprometieron con una perspectiva apologética del orden, que encontraba en la estabilidad la finalidad de cualquier proyecto. Al margen de ello, no dejaba de ser lógico que la mayoría de intelectuales liberales no presentaran resistencia a Heureaux. La beligerancia de Luperón fue seguida por contados intelectuales, entre los cuales se pueden citar a Mariano Cestero, José Ramón López, Eugenio Deschamps y Juan Vicente Flores. Cestero retornó al país y López se convirtió en partidario de la tiranía, como tantos otros. Los disidentes del interior eran más bien pocos, como los hermanos Henríquez y Carvajal.

Estas evoluciones denotaban la aparición de un sesgo dominante de conservadurismo en las filas liberales. Los tópicos de tal síntesis estarían marcados por la búsqueda de determinantes particulares de la formación social dominicana, junto a remedios que comportaban obviar momentáneamente preceptos clásicos del liberalismo, aspectos ambos que estuvieron ajenos al pensamiento de Luperón. Hasta el final se negó, obstinadamente, a escoger entre progreso y autodeterminación o entre modernidad y democracia, y permaneció circunscrito alrededor de los dilemas derivados de su autenticidad, los cuales renovaban el matiz trágico de su existencia.